

ANTESALA AL GENOCIDIO

DEFINIENDO AL ENEMIGO JUDÍO EN LA ALEMANÍA
NACIONALSOCIALISTA

Rafael Maya Muñoz



Indice

Introducción.....	3
El argumento defensivo en la propaganda nacionalsocialista	7
Antijudaismo y antisemitismo	25
Medios de socialización en la cosmología nacionalsocialista	45
A modo de conclusión: el concepto de genocidio y el pensamiento alternativo	62
Bibliografía.....	67

Introducción

El Jefe del *SonderKommando* 4^a del *Einsatzgruppen* C, August Häffner, testimonia:

Fui a los bosques solo, la Wehrmacht ya había cavado una fosa. Llevaron a los niños en un tractor. Los ucranianos estaban por los alrededores, temblando. Sacaron a los niños del tractor. Los pusieron en fila sobre la parte superior de la fosa, para que cayeran dentro. Los ucranianos no apuntaban a ninguna parte del cuerpo en particular. [...] El llanto era indescriptible. [...] Recuerdo a una niña pequeña de pelo rubio que me tomó de la mano. Más tarde también le dispararon (1965: 4).

El presente trabajo encuentra su razón de ser en los siguientes interrogantes: ¿Qué circunstancias propician que se lleve a cabo acciones como la narrada por Häffner? ¿Qué concatenación de situaciones condujo a los acontecimientos que las principales corrientes historiográficas refieren con el nombre de El Holocausto (1933-1945)? Y, ¿qué se puede hacer –si es que se puede– para evitar tal tipo de situaciones? Caben pocas dudas de que el afán de responder a estas cuestiones constituye el punto de arranque de los Estudios sobre Genocidio (*Genocide Studies*). Al igual que caben pocas dudas de que la mayoría de sus investigadores se hacen estas mismas preguntas, u otras muy parecidas.

Por su parte, Raphael Lemkin, en 1921, se preguntó “por qué”, por qué quedaba impune el asesinato de millones de personas, mientras se juzgaba y castigaba el asesinato de una sola. Como puede observarse, la forma de plantear el problema responde a una formación en Ciencias Jurídicas: el enfoque es penalista, orientado a lo punitivo: el objetivo que se propone es desarrollar una figura jurídico-legal que categorice como criminales acciones como las llevadas a cabo en Turquía contra los armenios (1915) o en Europa contra los judíos (1933-1945). En esta dirección y en un primer momento, Lemkin considerará los conceptos de “vandalismo” y “barbarie”, pero éstos no gozarán de gran receptividad (Jones, 2011). Sin caer en el desaliento, continuará trabajando, hasta que, finalmente, alumbrará el término “genocidio”:

la destrucción de una nación o de un grupo étnico... [...] un plan coordinado, constituido por diferentes acciones orientadas a la destrucción de los fundamentos esenciales de la vida de grupos nacionales, con el objetivo último de aniquilar a estos mismos grupos [...] El genocidio está dirigido contra el grupo

nacional como entidad, y las acciones que involucra están dirigidas contra individuos, no en razón de su individualidad, sino de su pertenencia al grupo nacional (Lemkin, citado en Jones, 2011: 10).

En 1948, por fin, el concepto de genocidio será integrado en la Convención para la Prevención y Castigo del Crimen de Genocidio en la forma de una definición técnica que, progresivamente, iría ganando resonancia en el terreno del Derecho Internacional:

Article I. The Contracting Parties confirm that genocide, whether committed in time of peace or in time of war, is a crime under international law which they undertake to prevent and to punish.

Article II. In the present Convention, genocide means any of the following acts committed with intent to destroy, in whole or in part, a national, ethnical, racial or religious group, as such:

- (a) Killing members of the group;
- (b) Causing serious bodily or mental harm to members of the group;
- (c) Deliberately inflicting on the group conditions of life calculated to bring about its physical destruction in whole or in part;
- (d) Imposing measures intended to prevent births within the group;
- (e) Forcibly transferring children of the group to another group.

Article III. The following acts shall be punishable:

- (a) Genocide;
- (b) Conspiracy to commit genocide;
- (c) Direct and public incitement to commit genocide;
- (d) Attempt to commit genocide;
- (e) Complicity in genocide.

El concepto que encierra la Convención ha sido prolíficamente discutido desde diversos frentes durante décadas. No obstante, ha sido mantenido hasta nuestros días como referente primero. Y será de esta forma, como referente, que en estas páginas será tenido en cuenta. El motivo de esta decisión no es apologético. Lejos de una actitud aquiescente, se trata de una medida orientativa. Ante la marejada de debates teórico-conceptuales que, de forma incesante –y legítima– proponen alternativas y apéndices, se hace necesario tomar asidero. La definición elaborada por Raphael Lemkin, así como la que figura en la Convención de 1948, serán aquí, ese asidero. Considero que, de lo contrario, difícilmente podría llegar este proyecto a puerto alguno.

Esto no quiere decir que en ningún momento se olvide que

una definición purista de “genocidio” que exija intenciones, causas, y grupos perfectamente compartimentados, condenaría el concepto a una inoperatividad con respecto a los mundos socio-culturales humanos. Para que una definición de

genocidio pueda ser aplicada al mundo real debe ser interpretada de manera que potencialmente refiera a eventos reales (Moshman, fecha :86).

Así como que

existen múltiples propósitos a la hora de definir el fenómeno de genocidio. [...] Tales múltiples propósitos pueden ser respectivamente satisfechos a través de variadas definiciones en base a, también variados, criterios (Moshman, fecha :89).

Por otra parte, es también cierto que, dado que el trabajo se detiene a analizar un caso bien concreto y extensamente documentado (Holocausto o genocidio judío), cabrán pocas dudas acerca de qué se está queriendo expresar con el término genocidio.

Como se decía al comienzo, este trabajo se centra en la antesala del genocidio, en el interrogante de qué conjunto de situaciones conducen a un grupo humano a pensar como necesaria la aniquilación de otro grupo humano. La intención es delinear algunos de los rasgos que caracterizan a tal conjunto situacional.

En primer lugar, se realizará un ejercicio comparativo donde se planteará la existencia de puntos comunes entre diferentes casos históricos conceptualizados como genocidio. El hilo conductor de este apartado será el “argumento defensivo”, esto es, la idea de que, en la mayoría de los casos documentados de genocidio, la decisión de emprender las “acciones genocidas” viene motivada por la creencia de que el objeto de dichas acciones constituye una amenaza real e inminente para la propia existencia. “Exterminar o ser exterminado” constituiría la máxima del argumento defensivo.

En segundo lugar, se trazará un recorrido desde el antijudaísmo medieval hasta el antisemitismo moderno y su variante racista nazi. Se analizarán más a fondo las bases de su vertiente política y las condiciones de posibilidad para desembocar en una conceptualización del judío como elemento a eliminar.

En tercer lugar, se ahonda en aquello que podría llamarse socialización en los fundamentos del Nacionalsocialismo. Aquí se verán algunos de los diversos medios a través de los cuales será transmitida una visión integral de la existencia. Una parte imprescindible de esa cosmología será la separación entre judíos y alemanes. Dicha separación o segregación ocupará un primer plano conceptual que, progresivamente, irá siendo complementado con medidas jurídico-legales, así como con otro tipo de iniciativas particulares. Destacará la violencia lingüística y gráfica desplegada en los principales medios de comunicación de masas –prensa, radio, noticieros fílmicos (*Newsreel*)–. Con

respecto a la labor de socialización dirigida a los miembros más jóvenes de la sociedad, también ocuparán un lugar preponderante los juegos –tanto de tablero como de rol–, además de una ingente cantidad de material docente que será empleado como introducción temprana a las cuestiones raciales. Las asociaciones juveniles de partido, las cuales gozarán de gran adhesión, serán, además de la escuela, el contexto en el que serán difundidos dichos materiales.

En cuarto lugar, y a modo de apartado final, se realizará una reflexión en torno al concepto de genocidio y las implicaciones que encierra en relación a la aproximación antropológica de fenómenos como los que se tratan en este trabajo.

El argumento defensivo en la propaganda nacionalsocialista

Tradicionalmente, el genocidio judío ha recibido un tratamiento especial por algunos sectores de la comunidad académica. No pocos han sido quienes han optado por conferirle un aura de exclusividad, cimentando así una parcelación caracterológica en la que el resto de casos de genocidio han de mantenerse a una distancia prudencial. Una ilustración de tal ordenamiento podría ser la distinción que Yehuda Bauer hace entre genocidio y holocausto: el primero conjura la destrucción o de-nacionalización planificada –por diversos medios, impliquen asesinato o no– de un grupo racial, étnico o nacional por el mero hecho de serlo; el segundo –sin variar los grupos objeto–, la aniquilación física total por motivos ideológicos o pseudo-religiosos (1984). De relieve es la identificación del régimen nacionalsocialista en la referencia a móviles ideológicos o sectarios, así como al número de afectados, índice de un abordaje centrado en el genocidio judío como medida primordial. La contrariedad de este tipo de distinciones es que permean el aparataje analítico de categorías jerarquizadas, manifestando privilegio:

conceptions of the Holocaust as unique in some special way lead to a perception of history in which nothing like the Holocaust had ever happened before. [...] If the Holocaust is unique, we are morally obligated to see that it remains unique (Moshman, 2008: 74).

Favorable a esta corriente, Steven Katz plantea el judeocidio nazi como fenomenológicamente único:

By virtue of the fact that never before has a state set out, as a matter of intentional principle and actualized policy, to annihilate physically every man, woman, and child belonging to a specific people. [...] only in the case of jewry under the Third Reich was such all-inclusive, non-compromising, unmitigated murder intended (Katz, 1981: 19).

Sin embargo, los factores aducidos no se demuestran tan peculiares. Tal afirmación resulta más de una valoración político-moral, de un compromiso ético, que de una serie de pruebas concluyentes. Ante este tipo de valoraciones, hay que tener en consideración que, cada genocidio, al igual que cada hecho histórico, es único (Moshman, 2008). Ahora bien, la unicidad generalizada no implica una suerte de compartimentación hermética, la renuncia al trazado de líneas paralelas; más allá, entraña la posibilidad de

un abordaje igualitario, susceptible de avalar la aspiración comparativa. Y esto es, precisamente, lo que en este epígrafe se pretende: señalar, mediante el recurso a varios casos de genocidio, la presencia de una serie de elementos discursivos comunes, con el fin último de arribar a una mayor comprensión del caso que nos ocupa.

Con el fin de superar el tratamiento preferencial que se viene comentando en estas líneas, se hace necesario poner entre paréntesis algunos puntos. En primer lugar, todas aquellas disquisiciones que, reflejo del horror y asombro moral, sitúen los crímenes nazis más allá de los límites de la comprensión. Tales crímenes fueron cometidos por seres humanos en el marco de una sociedad humana. Su acaecimiento no implica fuerzas trascendentales o ultraterrenas. El reino dictatorial y totalitario instaurado durante el Tercer Reich alemán sí es de este mundo. Como tal, el acceso a su comprensión depende del estudio de las sociedades humanas. En segundo lugar, es conveniente que el estudio de estas sociedades humanas no se vea dificultado por preconcepciones etnocentristas. Esto conlleva la posibilidad de una comparación sin tapujos, en términos horizontales, entre mundos socioculturales diversos, como pueden ser Alemania en la década de los años 1930-40 y Ruanda en 1994. Ambas son sociedades humanas, y como tales, los mismos criterios de análisis científico deben serles aplicados. La orientación en base a categorías evolucionistas y/o esencialistas que, en mayor o menor medida, establezcan una jerarquía entre culturas, entorpece dicha tarea. Asimismo lo hacen las explicaciones unidireccionales. Acogerse a ellas sesga la investigación y complica el desarrollo de argumentos científicamente válidos. En el contexto del estudio del genocidio judío, un ejemplo de causalidad única sería establecer que el origen de este puede concentrarse en la ideología nacionalsocialista, sin considerar otras variables. O que su origen puede localizarse exclusivamente en cuestiones relacionadas con la competencia económica de diferentes grupos humanos. En lo que respecta a este trabajo, la intención es evitar valoraciones categóricas como las anteriores. Para ello, se considerarán, hasta donde el margen establecido permita, el mayor número de variables posibles a la hora de reflexionar acerca de qué factores entraron en juego en los años anteriores a las masacres cometidas por el régimen nacionalsocialista y su diversidad de agentes colaboradores.

Con tal objetivo, en las páginas que siguen, pues, se reparará en diferentes casos –yugoslavo, ruandés y armenio– para luego examinar más en detalle algunos de los aspectos discursivos manifiestos en el caso alemán. Tratará de resaltarse el argumento defensivo, es decir, la idea de que, para los perpetradores, la violencia ejercida es planteada como necesaria para su propia supervivencia. Dados los hechos y las sabidas

diferencias entre víctima y victimario –sobre todo en términos de poder e influencia–, esto puede constituir una plausible fuente de confusión. Sin embargo, en cuanto se profundiza en los discursos emitidos, comienzan a intuirse los trazos de una visión coherente del mundo, alimentada por un principio ordenador y lógico, en la que tal ejercicio de violencia se convierte en la única y más razonable solución. Estas visiones, lejos de un basamento de irracionalidad o patología, tienen un sentido para los agentes que las incorporan. Its rhetorical appeals must have borne something approaching sensible meaning for many people (Perry, 1983: 230).

Yugoslavia

Durante la década de los años 1980, el panorama historiográfico yugoslavo se vio sacudido por un creciente y polémico interés en torno a lo que, desde diversos ámbitos, se llegó a catalogar como episodios genocidas en la historia del Estado yugoslavo. Esta revisión, marcadamente politizada, tuvo como consecuencia la puesta en foco de una serie de nociones que jugaron un papel protagonista en el origen de las subsiguientes guerras que asolaron el país entre 1991 y 2001. Entre los diferentes capítulos de esta serie de conflictos armados, destaca por la atención que ha recibido, la masacre de Srebrenica (1995), en la que se estima que fueron asesinados alrededor de 8372 personas de etnia bosnio-musulmana. El TPIY (Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia), constituido en 1993 para la prosecución de crímenes contra la humanidad, de genocidio y otras violaciones del derecho internacional, dictó sentencia confirmando que dicha masacre constituía un crimen de genocidio. No obstante a ser este el más sonado, la motivación de limpieza étnica no estuvo exenta de otros casos de violencia masiva en el marco de las hostilidades. Veamos muy sucintamente algunas de las ideas que nutrieron la escalada de la tensión previa al estallido.

En cuanto a Serbia, destaca el borrador de memorándum de 1986, elaborado por la Academia Serbia de las Artes y las Ciencias y donde se alegaba la perpetración de un genocidio físico, legal y cultural contra la población serbo-kosovar. Así mismo, las aspiraciones soberanistas de Croacia eran interpretadas por Serbia como una amenaza inminente a la integridad física de la población serbo-croata, la cual pasó a ser objeto de salvaguarda por parte del Estado serbio.

Particularly in Croatia and Bosnia, Serb nationalist leaders used the collective memories of past genocide(s) against Serbs as well as the allegedly impending risk of a new genocide as a rallying call. In Croatia, Croat demands

for independence fed fears among the Serb minority of a return to the fascist Independent State of Croatia that existed from 1941 to 1945 (Axboe Nielsen, 2013: 23).

En esta tónica, la idea principal consistía en caracterizar a la nación croata con unos rasgos intrínsecamente genocidas, *a theory that justified the Serb insurgency in Croatia in 1990-91* (Axboe Nielsen, 2013: 23).

En lo que a Croacia respecta, la supervivencia del pueblo croata dependía de su independencia. A su vez, el concepto “genocidio” se erigía en uno de los pilares de la identidad nacional bosnio-musulmana; desde los círculos de la intelectualidad se extendía un relato del acaecimiento de múltiples casos de genocidio a lo largo de su historia, entre ellos, los padecidos durante la Segunda Guerra Mundial y el derrumbamiento de la hegemonía otomana. Esta “fiebre del genocidio” que todos parecían haber contraído en la esfera yugoslava, trajo como resultado una intensificación de la autopercepción como víctima pasada o potencial de “políticas explícitas” de exterminio, así como la vigorización de una acuciante necesidad de protección y defensa contra el enemigo agresor, la cual, por lo común, adoptó la forma del ataque preventivo.

En suma, serbios, bosnio-musulmanes y croatas desplegaron una narrativa en la que cada uno aseguraba haber sido víctima pasada de genocidio o correr el peligro de serlo en un futuro próximo.

Ruanda

El genocidio Ruandés de 1994 es otro de los casos estrella. Destacan el número de asesinatos (un millón de personas) cometidos en un lapso de tiempo relativamente reducido y la participación masiva en los mismos de casi la totalidad de la población Hutu, incluyendo hombres, mujeres y niños.

Entre los desencadenantes de los acontecimientos se encuentra una compleja multiplicidad de factores: en primer lugar, la imposición de las doctrinas racistas europeas en el contexto colonial decimonónico y su hibridación con categorías integrantes de las cosmovisiones locales. Esto condujo a un proceso de reconfiguración de las identidades en el cual elementos sincretizados como casta, nación, etnia, raza, y ciudadanía pasaron a desempeñar un papel determinante. Así, categorías tradicionalmente fluidas como Hutu y Tutsi, se vieron impregnadas por un enfoque determinista, el cual implicaba una serie de connotaciones divisorias que otorgaban una posición de superioridad al grupo Tutsi (Moreno Feliú, 2010). En segundo lugar, en el contexto del régimen autoritario instaurado

tras la independencia nacional, se asignó a los tutsis un estatus de pseudo-ciudadanía, lo cual devino, en última instancia, en una reacción del exilio Tutsi en Uganda, conformándose un movimiento político de rebelión. Este movimiento (Frente Patriótico Ruandés), y su rama militar, la cual lanzó una ofensiva en 1990 para derrocar al régimen Hutu, constituye otro factor persuasorio clave para la exacerbación de los sentimientos anti-tutsi de la población Hutu ruandesa. En tercer lugar, no se puede obviar la severa crisis económica que azotaba el país (Jones, 2011).

Grosso modo, el discurso Hutu que retrataba la amenaza Tutsi podría condensarse de la siguiente manera: los Tutsis conformaban un cuerpo extraño, tradicionalmente pertenecientes a otra cultura y territorio. Se trataba de un elemento invasor, colonizador y explotador. En los diez mandamientos Hutu, escritos por Hassan Ngeze, y publicados en el periódico *Kangura* en 1990, puede apreciarse una pretensión de diferenciación radical entre hutus y tutsis, así como la expulsión de estos últimos de la esfera de obligaciones morales: *1. Todo hutu debe recordar que una mujer tutsi, sea quien sea, trabaja por el interés de la etnia tutsi; 2. Todo hutu debe saber que todo tutsi es deshonesto en los negocios. Su única aspiración es la supremacía de su grupo étnico; 8. Los hutu deberán dejar de tener piedad con los tutsis; 9. Los hutu, estén donde estén, deben mostrar unidad y solidaridad y preocuparse por el destino de sus hermanos hutu.* Por su parte, la emisora Radio Libre Des Mille collines era instrumentalizada para difundir y acentuar estas ideas:

The inherent differences between Hutu and Tutsi, the foreign origin of Tutsi and, hence, their lack of rights to claim to be Rwandan, the disproportionate share of wealth and power held by Tutsi and the horrors of past Tutsi rule (Des Forges, 2007: 45).

Y:

Tutsis are going to exterminate you until they are the only ones left in the country so that they can keep for a thousand years the power that their fathers had kept for four hundred years... (Chrétien et al. 1995: 300).

Los tutsi habían ejercido una temible dominación sobre Ruanda durante cuatrocientos años. Recientemente (1990) habían tratado de invadir –siempre invasores, siempre bárbaros–, Ruanda de nuevo; en el curso de estas incursiones las atrocidades cometidas contra la población hutu eran incontables. De forma adicional, se habían aliado

con las misiones para el mantenimiento de la paz de la ONU, las cuales eran interpretadas como fuerzas de una flagrante operación militar de ocupación. Por otra parte, el primer presidente Hutu de la colindante Burundi había sido brutalmente asesinado por soldados tutsi en 1993. Esto desató una violenta reacción hutu contra la población tutsi; el ejército respondió, masacrando a una gran parte de la población como represalia. Más adelante, en abril de 1994, el presidente hutu de Ruanda, Juvénal Habyarimana, fue asesinado, según los medios de propaganda, por los extremistas del FPR y las fuerzas belgas de ocupación. Todos estos acontecimientos parecían confirmar el contenido de las profusas campañas de propaganda que venían lanzándose largo tiempo; todos los tutsis presentes en Ruanda constituían un peligro para la seguridad nacional, pues componían una fuerza quintacolumnista que informaba al enemigo de todos los movimientos. Con el temor de tres posibles frentes abiertos: Uganda, Burundi, y el interior de la propia Ruanda, y la perspectiva de una victoria cada vez menos segura, lo único que cabía era defenderse antes de que fuese demasiado tarde, antes de que llegase la hora del exterminio contra los hutus (Des Forges, 2007).

Al igual que en el caso yugoslavo, en Ruanda se elaboraron, y pusieron en circulación una serie de narrativas histórico-míticas e ideológicas que incorporaban el papel de víctima pasada y potencial de políticas de dominación y exterminio. El argumento de la guerra final retributiva en la que por fin se daría su merecido al enemigo eterno estaría, aquí también, presente de manera central.

Turquía

En el caso del genocidio armenio y demás poblaciones cristiano-otomanas también pueden identificarse algunos rasgos coincidentes con los anteriores.

En primer lugar, el declive del Imperio Otomano a partir del siglo XVIII, con la apertura de varios frentes que amenazan con minar la robustez del régimen imperial: por un lado, el gigante ruso, que lleva a cabo la anexión de Armenia oriental; por otro lado, las minorías étnico-religiosas cristianas –aglutinadas genéricamente en griegos, armenios, y asirios– que habitan en el interior de las fronteras otomanas y que acabarán por servir, empezando por el tratado ruso-turco de Kutchuk-Kainardji (1774), a la política de intervención humanitaria que, en la práctica, tendrá como objetivo auspiciar las pretensiones e intereses económicos y geoestratégicos europeos y rusos (Ternon, 1995). A este tratado le seguirán los de Londres (1827), París (1856), Berlín (1878), y el ruso-turco de 1914. Todos estos tratados y acuerdos contribuirán a reforzar la política

intervencionista del bloque ruso-occidental, resaltando siempre el tropo del auxilio a las minorías como argumento justificativo. Desde el sultanato, estos grupos minoritarios empezarán a ser progresivamente percibidos como un contingente quintacolumnista que contribuye, en conjunción con las potencias extranjeras, a socavar la soberanía patria (Mann, 2004). En este sentido, la independencia de Grecia en 1822 será un duro golpe; tendrá como consecuencia, además, un despertar de las ansias secesionistas en la variedad de grupos ya señalados, conformándose nuevos partidos y organizaciones revolucionarias, algunas de carácter legal, otras clandestino; algunas pacíficas (Partido Dachnak), otras recurrentes a la violencia (Federación Revolucionaria Armenia). Estas últimas harán un flaco favor a la causa rebelde y ayudarán a vehicular la criminalización de todas las formas de resistencia; más allá, harán las veces de justificación para emprender algunas de las primeras masacres de carácter genocida. (Jones, 2011). A estas “verificaciones” se le añade el largo historial de violencia cristiana hacia los otomanos musulmanes desde la Guerra de Secesión griega (1821-1830) hasta las Guerras balcánicas (1912-1913):

In the years up to the First World War, Muslims were the primary victims of violence in the region by state and sub-state Christian actors working in the name of nationalist liberation and self-determination for their ethnoreligious group (Bloxham, 2008: 1).

Todos estos factores irán creando el caldo de cultivo para el episodio de 1915: por lo que al Estado Otomano respecta, minorías étnico-religiosas y potencias extranjeras, enemigo interno y enemigo externo, constituirán, en realidad, un mismo frente a batir.

En segundo lugar, la reacción nacionalista turca que seguirá a la creciente disgregación del imperio, dará pie al golpe de Estado de 1908 dirigido por el Partido Unión y Progreso, y traerá como resultado la instauración de un régimen constitucional que será bautizado por Europa con el nombre de Los Jóvenes Turcos. En un primer momento orientado hacia la modernización del Imperio, sus paradigmas se verán escalonadamente radicalizados, pasando a ser exponentes de una ideología panturquista y panturista integrada y compuesta por elementos mítico-históricos de talante nacional-racista:

Todos los pueblos de habla turca deben estar unidos en un mismo conjunto que se extiende desde Asia central al Mediterráneo, y que entonces será reconstituida la edad de oro en la que Turan, el antepasado de los turcos, luchaba contra Aria, el

antepasado de los arios, y extendía su poder por toda Asia (Ternon, 1995: 185-186).

La coincidencia de esta ambiciosa utopía política con el peso de una inestabilidad de gran envergadura, desembocará en un clima claustrofóbico que terminará por plantear la eliminación de los armenios y otras minorías como condición sine qua non para la supervivencia de la gran nación turca.

Por tanto, tenemos una vez más: una contracción territorial –y por tanto, económico-política–, una autopercepción como víctima pasada:

it was precisely those people who, having only recently been saved from massacre themselves, would now take a central and direct role in cleansing Anatolia of “non-Turkish” elements (Akçam, 2004: 87);

y como acorralada víctima futura en caso de no impedirlo. De nuevo, una guerra definitiva de autodefensa –a través de la cual se expulsará al actor foráneo– alimentada por un conglomerado mítico-ideológico y propagandístico de acusada índole excluyente. Una vez más, exterminar o ser exterminado.

Alemania

Para comprender el rol de víctima que sería movilizado por el discurso nacionalsocialista durante la etapa del Tercer Reich, es necesario prestar atención a ciertos aspectos historiográficos que se remontan al menos dos décadas antes de la irrupción del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán como fuerza política de peso. Uno de estos aspectos lo constituye el acaecimiento de la Primera Guerra Mundial (1914-1919) y la derrota, en este conflicto, del Imperio Alemán el 11 de noviembre de 1918, fecha en la que, tras cuatro virulentos años, se firma el armisticio (Armisticio de Compiègne) que pondrá fin al enfrentamiento entre las potencias aliadas y el Imperio¹. A pesar de este acuerdo de derrota, las hostilidades no finalizarán de forma efectiva hasta la firma, en 1919, de otro documento: el Tratado de Versalles. Signado el 28 de junio, no entrará en vigor hasta el 10 de enero de 1920 (Kolb, 2004). El contenido de los artículos será altamente controvertido. Lo serán también las condiciones bajo las que Alemania se verá forzada a firmarlo: bajo la amenaza de un ultimátum: si el país vencido se negaba a adoptar un compromiso sin contemplaciones, sufriría una invasión aliada. Los intentos de

¹ Para esta fecha, el resto de integrantes de los Poderes Centrales –Bulgaria, Imperio Otomano e Imperio Austro-Húngaro– ya habían firmado sus propios armisticios con la facción vencedora.

negociación resultaron en vano y, finalmente ningún artículo –ni siquiera aquellos más desorbitados–, serían retirados de la componenda. En conjunto, las cláusulas del tratado suponían una aplastante reducción de la potencia alemana. Entre cláusulas territoriales, económicas, financieras, militares, reparaciones y sanciones, el viejo Imperio quedaba sometido a una contracción espacial y económico-política asfixiante (Ídem). Algunas de las imposiciones de mayor repercusión para la escena política europea de las décadas subsiguientes serían: 1. la división y reparto de parte del mapa alemán entre los Aliados y una administración regentada por la Sociedad de Naciones. De igual modo, se veía privada de sus posesiones coloniales, que pasaron a manos británicas y francesas. 2. Disolución del Estado Mayor del Ejército (OHL), desarme, desmilitarización, reducción del ejército y retirada de material pesado de combate. 3. El pago de reparaciones estimadas en 132.000 millones de marcos de oro alemanes, cifra que Alemania no podía pagar. 4. Por último, pero no de menor relevancia, el tratado hacía recaer, de forma exclusiva, sobre Alemania, la responsabilidad de la guerra. Esto suponía una humillante carga moral y su objetivo principal era –al igual que, en gran parte, el de la totalidad del tratado– obtener un acatamiento tajante de la derrota (J. Lee, 1998).

La influencia del Tratado de Versalles alargaría su sombra durante más de veinte años, la mitad de los cuales estarían marcados por amenazas y humillaciones por parte de los vencedores, continuas crisis económicas, inestabilidad política, y una dolencia, generalizada en grandes sectores de la población, de orgullo herido.

En cuanto a la situación interna del país durante los dos últimos años de guerra y el proceso de conformación del régimen constitucional de Weimar, se caracterizaría por una fuerte conflictividad social repleta de tentativas revolucionarias y reaccionarias de tomar el poder. Podría decirse que, desde la firma de la derrota hasta la “consolidación efectiva” de la República, el país experimentó una coyuntura de conflictividad bélico-civil. Entre aquellos episodios que dan testimonio de tal estado destacan la Revolución de Kiel o de noviembre (1918), el Levantamiento Espartaquista (5-12 de enero de 1919), la Crisis de Baviera (1918-1919), el fracasado Golpe de Estado de Kapp (13-17 de marzo de 1920), y el Levantamiento obrero o *putsch* de la cuenca del Ruhr (1920) (J. Lee, 1998).

Este clima de crisis generalizada, junto con la derrota militar y las imposiciones de Versalles que la acompañarían, sería uno de los temas centrales del discurso reaccionario durante el período de entreguerras y posteriormente de la propaganda nacionalsocialista. Puede encontrarse evidencia del trauma que supuso la disolución del Imperio y la instauración de la República para toda una generación, en las apreciaciones

que Adolf Hitler hace acerca del día en que la casa de los Hohenzollern dejó de llevar la corona imperial alemana y el Reich se convirtió en una república:

Todo había sido, pues, inútil; en vano todos los sacrificios y todas las privaciones; inútiles los tormentos del hambre y de la sed, durante meses interminables; inútiles también todas aquellas horas en que, entre las garras de la muerte, cumplíamos, a pesar de todo, nuestro deber; infructuoso, en fin, el sacrificio de dos millones de vidas. ¿Acaso habían muerto para eso los soldados de agosto y septiembre de 1914 y luego seguido su ejemplo, en aquel mismo año, los bravos regimientos de jóvenes voluntarios? ¿Acaso para eso cayeron en la tierra de Flandes aquellos muchachos de 17 años? ¿Pudo haber sido la razón de ser del sacrificio ofrendado a la patria por las madres alemanas, cuando con el corazón sangrante despedían a sus más queridos hijos, para jamás volverlos a ver? ¿Debió suceder todo esto para que ahora un montón de miserables se apoderase de la patria? (Hitler, 1925: 59-60).

No. El llamado “desastre” de 1918 no podía haber sido causado por una cuestión de incompetencia estratégica, ya que lo formidable de la organización y del comando del ejército alemán no tiene precedentes en la Historia (Ídem: 70). La responsabilidad de la capitulación del Imperio, tras cuatro insufribles años de miseria y pestilencia en las trincheras, era más de lo que en las filas del ejército se podía soportar. ¿Qué tenía que decir todo aquel que no hubiese estado en el frente? ¿Qué sabía el mundo civil, desde la comodidad de la vida en las ciudades? ¿Acaso no serían ellos los culpables? ¿Acaso no pretendían ahora que, quienes no habían hecho más que sacrificarse, fuesen marcados en pública flagelación por unos pecados que no habían cometido? ¿Era esa la ansiada recompensa? En esta línea, Ben Scott, haciendo referencia a las tropas de elite alemanas (Sturmtruppen), señalará:

Outspoken stormtroops were sure that the truths they had won dearly would catapult them to the top of a new utopian Europe. Yet this had less to do with a political ideology in the ascendant than with the belief that the suffering endured in war would be rewarded with a corresponding rise to greatness (2000: 4).

Si bien es cierto que la historia de los cuerpos de asalto no puede ser extrapolada a la del resto del ejército, la desmoralización y sensación de inmerecido desprecio, así como de traición, que los excombatientes experimentaban de vuelta en la vida civil, era

predominante. Esta frustración aplastante constituyó uno de los ingredientes para la proliferación de mitos como el de la famosa puñalada por la espalda. Este último, de origen principalmente castrense, sostenía en primer lugar que, el esfuerzo militar había sido traicionado por los *Criminales de Noviembre*, esto es, el gobierno civil socialdemócrata que firmó el armisticio de 1918. Dicha traición encontraba su razón de ser en las pretensiones izquierdistas de derrocar al régimen dinástico y sustituirlo por uno republicano (Carter Hett, 2018). Bajo esta perspectiva, Alemania no había sido derrotada militarmente, sino que había sido rendida al enemigo por elementos internos para los cuales la derrota nacional significaba su beneficio:

Quién medite sobre todo el sacrificio que significó para la nación el punible descuido de gentes totalmente faltas de responsabilidad; quién reflexione sobre las vidas inmoladas en vano y la suerte de los mutilados, así como también en la vergüenza única y la infinita miseria de que ahora somos víctimas; *quién sepa, en fin, que todo eso vino sólo para abrir el camino hacia las carteras ministeriales a unos ambiciosos sin escrúpulos, cazadores de puestos públicos*; quién recapacite sobre todo esto comprenderá que a tales seres humanos no se les puede dar ciertamente otro calificativo que el de canallas y criminales (Hitler, 1924: 80).

Por otra parte, se acusaba a una gran parte de la población de falta de patriotismo y lealtad para con la causa común, de no haber estado a la altura exigida por la situación bélica y de haber mantenido una actitud negligente para con el espíritu de apoyo y sacrificio nacional (Carter Hett, 2018). Este mito, encontró con celeridad, cobijo en la subjetividad de una población hastiada de los tiempos y auto-concebida como subyugada. La solidez del imperio se había transfigurado en una incertidumbre aciaga y disminuyente. Como se mencionaba más arriba, esta idiosincrasia sería aprovechada por el discurso nacionalsocialista, el cual sumaría la cuestión racial como factor fundamental:

La última y la más profunda razón que determinó la ruina del Imperio, residía en el hecho de no haber reconocido oportunamente la trascendencia que tiene el problema racial en el porvenir de los pueblos (Hitler, 1924: 82).

No es de extrañar que, dada la situación del país a partir de la derrota y la imposición de las cláusulas del Tratado de Versalles, la población albergase una predisposición a creer, durante los años de la República de Weimar, en profecías apocalípticas que narrasen catastróficos escenarios en los que Alemania sufriría las

inclemencias de una planificada destrucción. La desmoralización psicológico-moral, así como el carácter abstracto, impersonal y difuso de las supuestas fuerzas que golpeaban a la nación alemana, allanaban el terreno para la plausibilidad de proposiciones ideológicas como las difundidas por el discurso nacionalsocialista:

The sense of insecurity spread far beyond the circle of those whose livelihood was directly affected at any given time; the whole population lived in a mood of expecting catastrophe. [...] and this enabled the radicals to gain a following (Kolb, 2004: 112).

En los próximos párrafos se hará hincapié en aquellos elementos de dicho discurso referentes a un plan genocida orquestado por el judaísmo internacional en detrimento de la nación y el pueblo alemanes.

El 30 de enero de 1933, Adolf Hitler se hace con la cancillería alemana. En marzo, se pone en marcha, en Europa y Estados Unidos, un boicot dirigido a las exportaciones germanas en señal de protesta por el carácter antisemita del nuevo gobierno. Dicho boicot tendrá un importante protagonismo judío y no se extenderá más que un modesto número de semanas. No obstante, una de sus mayores consecuencias será el lanzamiento del contra-boicot antijudío, que tendrá lugar el primero de abril y constituirá una de las primeras acciones del gobierno nazi contra la población judeo-alemana (Hilberg, 1961). Tal medida responderá a una estrategia de mayor envergadura orientada a provocar una espantada judía generalizada que allanase el camino hacia una Alemania *Judenrein* (libre de judíos).

En los carteles que, ese primero de abril, los hombres de las SA portaban frente a los comercios de propiedad judía, puede leerse: *¡alemanes, defendeos! ¡no compréis a los judíos!* Y es que, el lanzamiento de medidas como el boicot de 1933, la Ley para la Restauración de la Función Pública, las Leyes de Núremberg, o la Noche de los Cristales Rotos, fue presentado por el régimen nazi como una respuesta justa y proporcionada a los crímenes que el judaísmo internacional había perpetrado contra Alemania y los alemanes:

Yet from January 1933 to January 1939, through six years of escalating anti-Semitic persecution, boycotts, arbitrary arrests, theft, purges, and the pogrom of November 1938, Hitler, without declaring war against the Jews, repeated his assertion about the threat international Jewry posed to Germany (Herf, 2006: 5).

Alemania y los alemanes, pues, debían defenderse. En la difusión de esta creencia, el Ministerio de Propaganda jugó un papel determinante. Su gran meta consistía en convencer al público alemán de que, Alemania estaba, en efecto, siendo víctima de múltiples y variadas formas de agresión. Para ello, la propaganda nazi se limitaba a presentar “pruebas” que sostenían tal argumento. Estas “pruebas”, eran elaboradas a partir de la tergiversación sistemática de todo aquello cuanto tuviera un potencial atractivo en la dirección deseada.

El uso que la propaganda hará del libro *Germany Must Perish!*, resulta un caso significativo de dicha estratagema. Escrito por Theodore N. Kaufman, pequeño propietario judeo-estadounidense, el libelo propone la esterilización de la totalidad de la población alemana, así como el desmembramiento y reparto del territorio germánico entre las Estados circundantes. Según Kaufman, Alemania debía pagar con su destrucción el haber volcado sobre el mundo la calamidad de una guerra global. Cuando las copias de *Germany Must Perish!* llegaron a Alemania y a las manos de los jefes nazis, el festín estaba servido (L. Bytwerk, 2005). El aparato oficial de propaganda y medios de comunicación afines al régimen, como el diario *Völkischer Beobachter*, no tardaron en presentar a un Kaufman magnificado, presidente de la Federación Americana para la Paz —organización fundada y únicamente integrada por él mismo—, y miembro crucial del círculo de confianza del presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt. Así, artículos de prensa, retransmisiones radiofónicas, reiteraron de manera incesante la desvelada maquinación judeo-internacional para la destrucción de Alemania, la cual incluía ahora al gigante norteamericano, que se convertía en un agente títere del más perverso sionismo (L. Bytwerk, 2005). Proliferaban nuevos panfletos, como el de Diewerge (*The war Aim of World Plutocracy*), que resumían el libro y lo simplificaban para facilitar su accesibilidad y comprensión. Estos alarmantes discursos eran instrumentalizados *a posteriori* como justificación de las políticas discriminatorias que marcaron los años del Tercer Reich:

It justified the yellow star by claiming that its wearers in Germany were part of the international jewish conspiracy that was working to implement Kaufman’s proposal to destroy Germany, thus suggesting that the anti-Semitic measure had been taken in self-defence (L. Bytwerk, 2005: 44).

Contornear al enemigo era una tarea compleja, pero progresivamente el público alemán debería darse cuenta del peligro que, latente, acechaba en el núcleo de su propia

existencia. El pueblo alemán había convivido, cegado, inconsciente, con su verdugo. Largos años había durado el sopor. Pero ahora, auxiliado por el nuevo movimiento de salvación nacional, podía alzarse y gritar basta. La guerra contra el judaísmo internacional era una guerra por la supervivencia. No había deliberación posible, la decisión estaba clara: luchar o perecer, la vida o la muerte. Tal despliegue retórico no dejaba lugar a dudas. En su panfleto, Diwerge mostraba terminante el argumento:

This is not a war of the past, wich can find its end in a balancing of interests. It is a matter of who shall live in Europe in the future: the white race with its cultural values and creativity, with its industry and joy in life, or jewish subhumanity ruling over the stupid, joyless, enslaved masses doomed to death (1941: 30).

A pesar del persistente ejercicio de manipulación mediática, una gran parte de los alemanes de a pie expuestos cotidianamente a las proclamas nacionalsocialistas, debió preguntarse más de una vez cómo era posible que esos civiles indefensos –médicos, abogados, tenderos, sastres, librereros, periodistas, verduleros, y demás– pudieran suponer amenaza alguna a la forma de vida propia y de miles de conciudadanos. Es más, cómo era posible que, conformando una raza claramente inferior a la aria –como se indicaba ad infinitum–, implicaran un riesgo de tal calibre. Para estos inconvenientes interrogantes, el ensamblaje propagandístico también tenía respuesta. En primer lugar, y como se ha perfilado más arriba, la entidad bautizada como “judaísmo internacional”, gozaba, según el antisemitismo nazi, de una dilatada capacidad de agencia. Como quedaba reflejado en la obra, también propagandística, *Los Protocolos de los Sabios de Sión* (1903),

The Jews were a cohesive, politically active subject –that is, a group united on a global scale by racial bonds that transcended any allegiance to nation-states. In the nazi view, this powerful and autonomous entity, international Jewry, controlled assorted stooges and accomplices who served its evil interests (Herf, 2005: 7).

Estos cómplices y aliados acostumbraban a ser prominentes figuras del panorama europeo y estadounidense. Indiferente resultaba si eran comunistas o capitalistas. Lo relevante era que se hallaban reunidos en el mismo y pasmoso esfuerzo judaico por la dominación del orbe. Tanto las potencias anglosajonas y su plutocracia, como el leviatán ruso y su comunismo bolchevique, eran tan sólo piezas que el judaísmo movía a su antojo para la compleción de sus aspiraciones:

the leaders of world Jewry (the Elders of Zion) have organized a Jewish world conspiracy for the destruction of 'Aryanism'. In the conspiracy, some Jews have been singled out to lead world capitalism, others to conduct the operations of the international socialists and bolsheviks (Neumann, 1944: 111).

Los judíos residentes en territorio alemán, maestros del camuflaje, no eran más que servidores de la vasta conspiración; su cometido único: socavar los fundamentos de la nación y raza alemanas desde sus más recónditos pliegues.

The Jews were inciters of revolt; that was why they had to be deported. The Jews were the organizers of the partisan war, the "middlemen" between the Red Army and the partisan field command; that was why they could not be permitted to remain alive in partisan-threatened areas. The Jews were the saboteurs and assassins (Hilberg, 1985: 3).

El Ministerio de Propaganda trabajaba, a través de la palabra, para mostrar la verdad al mundo. Todo aquel que hubiese tenido el privilegio de experimentar esta epifanía, era consciente de que el único curso de acción razonable pasaba por la aniquilación de los judíos, en Europa, y en el mundo entero.

En segundo lugar, la metáfora del parásito. El judío era indefenso, sí. Pero también lo es, en la naturaleza, el parásito que infecta a su víctima y se alimenta de los nutrientes que consume:

The jew is to the Aryan as the parasite is to the host –a lesser, dependent being, but one ultimately capable of bringing about the destruction of the biologically superior host organism (Perry, S., 2009: 233).

Como tales, parásitos, causantes de una infección, deben ser eliminados. No cabe consideración de tipo moral alguna. No es importante si los judíos parecen o no indefensos, ya que infectan el cuerpo nacional, amenazando con destruirlo. Deben ser eliminados con el fin de sanar el cuerpo enfermo. Como expresaba Josef Grohé, debe quedar claro que it can never be stressed enough that all the talk about decent jews is wrong and nonsense. [...] If the nations wish to live in harmony the jew must die (1934). Común, también, era la recurrencia a conferir al judío un estatus criminal, como en este fragmento de un editorial del periódico *Das Schwarze Korps*:

We would be faced with the hard necessity of exterminating the Jewish underworld in the same way as, under our government of law and order, we are wont to exterminate any other criminals, i.e. by fire and sword. The result would be the factual and final end of Jewry in Germany, its absolute annihilation (1938).

O un estatus de extranjero eterno:

The time is approaching when the 2.000 yars' disastrous invasion of the nations of Europe by the Jew bastards will be no more than an evil memory (Sündermann, 1943: 58).

La idea de la agresión judía es empleada por Hitler en un sinnúmero de intervenciones, comenzado por la famosa profecía en la que abordaba la eventualidad de una nueva guerra como consecuencia de los planes judíos contra la raza aria:

Should the international Jewish financiers succeed in plunging the nations into another world war, then the result will be not the Bolshevisation of the earth but the annihilation of the Jewish race in Europe (1939).

El judaísmo internacional pretendía provocar una guerra con el objetivo de exterminar a la raza aria europea y bolchevizar el mundo. Alemania no esperaría a que fuese demasiado tarde, actuaría de manera contundente en defensa del pueblo alemán, de la raza aria, de Europa, de la humanidad. Alemania saldría vencedora de esta guerra defensiva, librando así, de una vez por todas, al mundo, de la amenaza del judaísmo genocida.

La propuesta genocida de Kaufman no fue el único caso que los nazis utilizaron para hacer creer a la población que, en efecto, existía un plan coordinado –y no sólo declaraciones aisladas– para la destrucción de Alemania. Heinrich Goitsch reunió en un panfleto algunas declaraciones notables; las del anglicano reverendo Whipp, en una epístola publicada, tuvieron cierta repercusión:

The orders for the Royal Air Force's bombers should be: Wipe out the Germans. I say it plainly. If I could wipe out Germany from the map, I would. The more nazis are killed, the happier I am (1940).

También fueron aprovechadas las palabras escritas por un corresponsal del diario británico *Daily Express*:

After the war is over, one must cut the German claws, take away all their industry, establish a quarantine around Germany, and let the Germans stew for a generation in their own juices. No one in Britain or America needs to concern himself if they perish as a result. Whole nations have been exterminated in the past. What remains of Aztecs, for example? (1943: 32-33).

La idea de que todas estas declaraciones tenían un sentido literal y formaban un todo coherente debía penetrar bien en la percepción del público.

Aunque es difícil establecer el número exacto de personas que creían realmente en las arengas propagandísticas del gobierno nazi, sí se puede afirmar que se daban una serie de circunstancias que contribuían a hacerlas, en cierto modo, creíbles. Hay que recordar que, las condiciones impuestas por el Tratado de Versalles tras la derrota en la Gran Guerra, eran de sobra conocidas por el grueso de los alemanes. Con toda probabilidad, la polémica que provocó no quedó anclada en los años inmediatamente posteriores a la guerra, sino que perduró en el discurso político y mediático general, arraigando con firmeza. Cuando en 1933, el partido nacionalsocialista llegó al poder, los alemanes no tenían dificultad en recordar qué habían implicado las imposiciones de Versalles. De igual modo, conscientes eran de esto último cuando, en 1939, las tropas de la Wehrmacht atravesaron la frontera polaca. Y por supuesto, también lo eran cuando los titulares de los principales diarios recogían las escandalosas declaraciones de los Kaufman y los Whipp. El reparto de Alemania entre las naciones vecinas, el embargo de la industria, el establecimiento de un cerco sanitario, la ocupación militar... ¿Qué había de increíble en todo ello? ¿no era todo eso el Tratado de Versalles? ¿acaso no había sucedido ya? ¿acaso no era plausible que sucediese de nuevo? Las potencias que habían firmado el tratado y habían hablado de fronteras, industria, economía, culpa, responsabilidad, ahora hablaban de esterilización y bombardeos. Quizá, al fin, todo cobraba sentido. Porque, ¿qué otro objetivo podía haber tras las abusivas cláusulas que dejaban a Alemania en la miseria si no su destrucción? Tan sólo había que juntar las piezas precisas para poner en pie que:

The allies, directed by the jews, intended the complete destruction of the German nation, at least the deportation of much of its workforce to Siberia and the reduction of the rest to an agrarian life, and at the worst their physical extermination (L. Bytwerk, 2005: 47).

De esta apartado interesa resaltar dos ideas principales.

La primera, que existe una similitud con matices entre el genocidio judío y otros casos de genocidio como los expuestos –armenio, yugoslavo, y tutsi. Si bien las particularidades de cada experiencia deben ocupar un lugar importante en el análisis, se presenta también como fundamental, para un enfoque sin limitaciones, dirigir la mirada al repertorio de casos pasados, presentes y potenciales. No obstante el esfuerzo dedicado a la comprensión de un caso particular –genocidio judío–, la pregunta que interesa responder es, en última instancia, qué conduce a un grupo humano a creer que otro grupo debe ser eliminado.

La segunda, que el papel que juega la ideología en el desarrollo de episodios de violencia intergrupala, debe ser, igualmente, matizado. No basta expresar que un grupo concreto es inferior para alcanzar una amplia movilización genocida; es común que, en tales circunstancias, el discurso ideológico resulte más en una justificación para la explotación –ya sea económica o de cualquier otro tipo– del grupo señalado como inferior –lo cual, cierto es, también ocurre durante el genocidio judío. En este trabajo se sostiene que, en gran medida, para desencadenar una reacción genocida, es necesario que la ideología en cuestión plantee el argumento de que el grupo al que se dirige la violencia supone una amenaza real a la existencia del grupo que la ejerce. De esta manera, la acción genocida es percibida como una medida de autodefensa por parte del grupo perpetrador:

genocidal perpetrators rarely perceive themselves in a position of unchallenged dominance. They usually feel –or claim to feel– vulnerable and under imminent threat of destruction (A. Robins; Jones, 2009: 10).

Como se ha tratado de expresar en este epígrafe, la dinámica del genocidio nazi no supone una excepción a esta sensación de vulnerabilidad experimentada por el victimario:

The Jews were plotting the destruction of Germany; and that was why they had to be destroyed. In Himmler’s words: “We had the moral right vis-à-vis our people to annihilate this people which wanted to annihilate us”. In the minds of the perpetrators, therefore, this theory could turn the destruction process into a kind of preventive war (Hilberg, 1985: 3).

Antijudaísmo y antisemitismo

El proceso por el cual cristianismo y judaísmo comienzan a constituir dos religiones distintas es harto complejo. Suelen marcarse los primeros siglos después de Cristo como periodo durante el cual se sucede la mezclanza de tesis que darán lugar a la escisión. En cualquier caso, no es de este proceso de lo que se hablará en este epígrafe, sino de sus consecuencias en el modo en que, desde la fundación de dicha diferencia, el judaísmo será percibido y concebido por el mundo cristiano. En concreto, se intentará trazar una síntesis de las imágenes y estereotipos que, a lo largo de los siglos, desempeñaron un importante papel en el trato negativo que se ha brindado al judaísmo; primero como religión, más tarde como etnia y raza.

Anti-judaísmo medieval y antisemitismo moderno –con mayor énfasis en este último– serán las dos secciones en las que se dividirá este apartado.

Anti-judaísmo medieval

Raul Hilberg (1985) plantea las características epistemológicas de la ruptura como sigue:

But their view [la de los judíos] was changed abruptly when Christ was elevated to Godhood. The Jews have only one God. This God is indivisible. He is a jealous God and admits of no other Gods. He is not Christ, and Christ is not He. Christianity and Judaism have been since irreconcilable. An acceptance of Christianity has since signified an abandonment of Judaism (6).

Cuando la Iglesia cristiana establezca su religión como la única verdadera –iluminación y camino hacia la verdad única que es Dios–, así como la persecución de la herejía, la relación entre ambas fes pasará a ser una de subordinación. En la Europa medieval, los judíos, los “asesinos de Cristo”, conformarán un grupo sometido a la dominación cristiana, aunque también protegido, tolerado (Beller, S., 2007). Preponderará ya, en dicha situación, la imagen del judío como agente pecaminoso y criminal.

Una de las iconografías míticas que durante el Siglo XII tomará fuerza y gozará de gran difusión, y que derivará de la imagen anteriormente señalada, será la del asesinato ritual de niños cristianos (Beller, S., 2007). El objeto de tales sacrificios, recreación de la muerte de Cristo, era, presumiblemente, la obtención de sangre cristiana inocente para los

ritos litúrgicos de la Pascua judía. A lo largo y ancho de la geografía europea, proliferarán las acusaciones de tales crímenes. Esta leyenda negra perdurará a lo largo de los siglos – ejerciendo una nada desdeñable influencia en la toma de medidas, como la expulsión en diversos territorios– e, incluso aún en fechas tan tardías como finales del Siglo XIX y principios del XX, se reiterarán juicios de este tipo contra la comunidad judía, principalmente en medios rurales (Yehuda, K., 2014).

Por otra parte, la imagen en relación con el dinero también cobrará centralidad. Las restricciones impuestas a los judíos en materia de oficios y ocupaciones, así como la prohibición a los cristianos de involucrarse en todas aquellas actividades relacionadas con la usura, tendrá como consecuencia una concentración de los primeros en la realización de actividades de tipo comercial y estrechamente relacionadas con lo monetario. El resultado será la caricaturización de los judíos como seres volcados en la obtención de beneficios materiales y, por tanto, corrompidos espiritual y moralmente. Esto contrastará con el ideal piadoso de la teología cristiana, el cual otorga primacía a la salvación del alma. Adicionalmente, su estrecha colaboración en términos económicos con agentes ejercientes de dominación –financiación de emperadores, reyes, y príncipes– los hará objeto de un visceral odio popular (Michael, R., 2006).

La animalización también será una tendencia –*judensau* (judío cerdo)–. También la acusación de envenenar los pozos de agua, y la obligación de vestir prendas distintivas. En suma, los judíos serán el chivo expiatorio por excelencia (Beller, S., 2007). El cristianismo y su rebaño deberán ser protegidos por la Iglesia de su influjo devastador a través de diversas medidas: leyes contra el matrimonio mixto, contra la discusión de asuntos religiosos, y contra la cohabitación; quema del Talmud y exclusión de los cargos del Estado (funcionariado) (Hilberg, 1985).

Más adelante, durante la Reforma protestante, Martín Lutero expresará acerca del judío:

Herewith you can readily see how they understand and obey the fifth commandment of God, namely, that they are thirsty bloodhounds and murderers of all christendom, with full intent, now for more than fourteen hundred years, and indeed they were often burned to death upon the accusation that they had poisoned water and wells, stolen children, and tom and hacked them apart in order to cool their temper secretly with Christian blood (2004 [1543]: 10).

Para el profeta protestante, los judíos mantienen cautivos en su propia tierra a los cristianos. Estos últimos trabajan incansablemente para los primeros, son arrebatados de todos sus bienes y riquezas por medio de las oscuras artes de la usura. Los judíos son astutos, vagos, blasfemos, herejes, desagradecidos; son una plaga, una enfermedad, un parásito. A través de la explotación, han creado de territorio cristiano su propio paraíso, pues estos, en su inocencia, lo han permitido. Mas ahora, ya no son bienvenidos, y por ello es que el pueblo cristiano se halla sometido, contra su propia voluntad y en su propia casa, por este elemento extraño y malsano (Lutero, 2004 [1543]).

Esta actitud vendrá motivada por el rechazo de los judíos a unirse a la nueva fe cristiana. A pesar de esto, la Contra-reforma católica también tomará un curso anti-judío.

Los judíos, pues, cargan con el pecado y el crimen a sus espaldas desde el principio de los tiempos. Son los asesinos de Cristo, de niños inocentes. Mediante la usura y su alianza con los poderosos, expolían y explotan a los pobres y provocan guerras. Son, como se decía más arriba, parásitos, plaga, enfermedad, lastre. En las representaciones gráficas su apariencia es enfatizada, inquietante y monstruosa.

Su expulsión a lo largo de diferentes territorios europeos estará fuertemente influenciada por estas imágenes denigratorias. ¿Quién querría, al fin y al cabo, convivir con sanguinarios asesinos de niños y explotadores? No hay duda de que, para su expulsión, era necesaria una población hostil, también deseosa de librarse del supuesto mal. Aunque el concepto determinista de raza tal y como lo conocemos hoy en día aún se hallaba en camino, presumiblemente, las expulsiones deben responder a la teoría de una inviabilidad o insuficiencia en cuanto a la conversión se refiere. De ahí también la suspicacia con la que la Inquisición percibirá a los nuevos cristianos, a los que acusará de herejía, así como los certificados de limpieza y/o pureza de sangre (Hilberg, 1985).

Este será el estereotipo medieval, de base cristiana, del judío. Entrará, como hemos visto con Lutero, de lleno en la Era Moderna.

Antisemitismo moderno

Con el fin de comprender cualquiera de las variantes del antisemitismo, primero es necesario conocer cuáles eran las problemáticas que lo impulsaban. Dichas problemáticas unidas, conforman lo que, tradicionalmente ha sido denominado como “cuestión judía”. Esta cuestión se ve informada por una serie de preocupaciones íntimamente relacionadas con la configuración del Estado y la Nación; consiste, en síntesis, en una reflexión acerca del papel que los judíos deben jugar en ella.

El individuo que medita acerca de la cuestión judía, tratará, en primer lugar, de definir a los judíos; no está seguro de si constituyen una raza, una nación, o una comunidad religiosa. Decantado por una de las opciones, el estudioso deberá preguntarse cuáles son las condiciones de acceso –en caso de ser posibles– a la ciudadanía que les otorgará una serie de derechos. A continuación abordará la distribución ocupacional, esto es, cuáles son aquellas ocupaciones en las que esta raza, nación, o comunidad religiosa se halla concentrada, y de qué manera tal ordenamiento debe conservarse o modificarse. Delineado lo anterior, aún quedará un aspecto de suma importancia: el carácter internacionalista y las consecuencias que este tiene para la adhesión a Nación y Estado (Michael, R., 2006).

La infructuosidad y perpetuación del debate social y político en torno a estos interrogantes propiciaría la aparición de un nuevo y último punto: ¿sería beneficioso, incluido para los propios judíos, si fuesen alentados a establecerse en otro lugar? Esta última opción sería discutida por gentiles y judíos, sin llegar a suponer el desarrollo de un programa o curso de acción concretos (Hilberg, 1985). Al menos hasta la aparición del Nacionalsocialismo.

Sin embargo, llegará un momento en que el impacto de esta cuestión se verá limitado a los Estados orientales y centrales de Europa. Si bien es cierto que, el antisemitismo también era una realidad en países como Francia o Reino Unido, estos carecían del talante etnonacionalista por el que Prusia y más tarde Alemania se caracterizarían. La herencia del ideal revolucionario planteaba la ciudadanía con independencia de raza, etnia, o religión; una ciudadanía en términos cívicos, no étnicos (Brubaker, 1996). En un Estado como la Tercera República Francesa, dónde imperaba un nacionalismo cívico, no tenía cabida, a gran escala, una cuestión judía. Judíos y gentiles conformaban una única nación: la francesa. Como se ha señalado, esto no implicaba la ausencia, en sectores de la población, de sólidas convicciones antisemitas, como puede deducirse de la gran conmoción social causada por el Caso Dreyfus (1894-1906). Pero, como se decía, por muy acusadas que fuesen estas actitudes, el credo republicano garantizaba la aplicación del criterio cívico, orientado por el principio de *jus soli*, en referencia a la adquisición de la nacionalidad (Brubaker, 1996).

A este respecto, en tierras germanas, la instauración de un Imperio Alemán de corte secular en 1871, más que poner punto y final a la cuestión judía, acabará revigorizándola. Esto se deberá, principalmente, a la idiosincrasia cristiana de los Estados miembro del Imperio, los cuales apenas se verán afectados por la estructura de unificación

(Pulzer, 1992). Por otra parte, el Imperio había sido, esencialmente, una creación del ejército prusiano. Las grandes formas beneficiarias del viraje político serían la sucesión dinástica y la autocracia, mientras que los grandes perdedores la clase media –interesada en la creación de un Estado-Nación– y el parlamentarismo. Y será a esta clase media a la que los judíos aspirarán –cuando lo hagan– asimilarse. De este modo, y a grandes rasgos, sin una clase media dominante que promulgase los principios de igualdad cívica y prometiese unas mejoras sustanciales en caso de asimilación, tales aspiraciones se verán frustradas. Así mismo, los delicados juegos de fuerza mantenidos entre y en el interior de los Estados individuales con el nuevo sistema unificador, harán inviable la puesta en práctica de un modelo inspirado en el paradigma revolucionario. Todo esto contribuirá a una irresolución de la cuestión judía y, por tanto, a un terreno favorable al surgimiento de un antisemitismo político (Pulzer, 1992).

El antisemitismo de las primeras décadas del siglo XIX estará fuertemente influenciado por el concepto orgánico de nación, derivado, en gran parte, de la filosofía romántica. La idea de un espíritu o esencia eterna inherente a las naciones (*volkgeist*) se convertirá en un eje central. Este espíritu nacional no sólo debe reconocerse, sino que implica el deber moral de su conservación. La tradición cobrará, así, un estatus de sacralidad (Katz, 1980). Comenzarán a abordarse las cuestiones socio-políticas a la luz de esta nueva configuración, y no será la cuestión judía una excepción. Durante este periodo, los judíos serán definidos como una nación y, por tanto, separados conceptualmente por completo del cuerpo nacional alemán. Parte de esta definición se basará en la consideración de la fe cristiana como fuente y pilar fundamental de la cultura alemana. El judío, pues, exponente de una fe extraña, no podrá formar parte de la comunidad cultural. No obstante, a pesar de estar fundada esta separación en términos confesionales, la conversión religiosa será tenida por insuficiente como pasaje. El rito del bautismo, bajo la óptica marcadamente espiritualista, quedará relegado a mera formalidad.

Baptized or not, it is all the same; for it is inappropriate to use the name [Jew] in contradistinction to Christian. It designates not only the religion but a whole nationality... We do not hate the faith of the Jews as they would like us to believe, but rather the many ugly peculiarities of these Asiatics which cannot be laid aside so easily through baptism (Meyer, citado en Katz, 1980:

Es en el sentimiento, en la emoción, en la predisposición metafísica dónde se manifiesta la naturaleza de los pueblos. El judío, aun bautizado y aquiescente, seguirá siendo judío, pues continuará manifestando, en su pensamiento y acción, tendencias específicamente judías. Si se pretende que el judío deje de ser judío ha de irse más allá de la conversión. Este deberá redimirse por medio de una purga de todos sus atavismos semitas. No es sino a una redención y reforma moral a lo que este proceso purificador hace referencia. Sólo entonces, cuando el judío se haya librado de todas las trabas metafísicas, de su adicción a un aparataje cultural corrupto, el judío habrá desaparecido, posibilitando el surgimiento del alemán.

En este enfoque puede observarse un precedente más directo de las posteriores políticas de exterminio. Aunque la aniquilación es planteada aquí en términos inmateriales, en la forma de una asimilación progresiva pero finalmente absoluta, la idea de la inviabilidad de la existencia judía es enfatizada. Si bien, mientras esta metamorfosis tenga lugar, serán tolerados como sujetos pasivos, el escenario al que pretende llegarse es al de su completa evaporación colectiva. Para la mentalidad antisemita y nacionalista, la satisfacción de estas aspiraciones etnocidas supondrá la diferencia entre la incorruptibilidad del alma nacional y su perversión por la inmoralidad foránea. Una necesidad, pues.

Como se ha ido señalando, la carga estigmatizadora del judío será presentada en clave de moralidad. Se describirá al judío como arrogante, descarado, indecente, frívolo, extravagante. Toda aquella actividad que emprenda, ya sea en el campo de la economía, el arte, o el cultural, se verá sesgada por sus deficiencias. El resultado: una creación siempre impregnada de semitismo (Katz, 1980). Es este énfasis en la dimensión comportamental la que dará al judío una segunda oportunidad, al modo del desviado.

Además, esta deficiencia espiritual entroncará convenientemente con la teoría del Estado cristiano. Si con anterioridad se señalaba la incongruencia del elemento judío en el seno de una cultura primordialmente cristiana, más adelante se llegará a teorizar acerca de la naturaleza cristiana del Estado como forma de organización político-social (Katz, 1980). Esto elevará el Estado a una suerte de elemento doctrinario-confesional. De nuevo, esta teoría conducirá a un patrón de exclusión con respecto al judaísmo: la moral judía no es compatible con la moral cristiana del Estado; levantar el veto a los judíos para el acceso a los puestos de mando y responsabilidad institucionales iría en menoscabo de la moral de Estado y del propio Estado. Con tal de preservar esta elevación, los judíos deben permanecer al margen de la administración; de lo contrario, el Estado acabaría convertido

en un negocio cuyos beneficios y ventajas serían utilizados, sin escrúpulos, para la consecución de intereses privados y sectarios (Katz, 1980). En otras palabras, el Estado sería corrompido. Dadas las circunstancias, los judíos deben ocupar una posición pasiva; si bien pueden verse beneficiados en ciertos aspectos por la riqueza que el Estado genera, no deben, en ningún caso, administrarla. De ello depende la conservación de la personalidad cristiano-germánica.

En contraposición a esta última, a la personalidad judía deberá sumársele una condición de desarraigo ancestral. En un mundo que acabará estando esencialmente organizado en Estados-Nación, la imagen del judío internacional será explotada con intensidad y frecuencia. Esta representación será consecuencia directa de la conceptualización del judío como nación separada, no sólo de la alemana, sino de todas. Se trata de la nación sin territorio, sin Estado. Nación dentro de las naciones, los judíos, endogámicos, unidos por estrechos lazos de sangre y parentesco, no participarán de la vida –cultura– de estas (Lindemann; Levy, 2010). Esta modalidad de cohesión, inferior, será la causante de las taras morales. No estará a la altura del ideal heroico, de sacrificio y abnegación por el todo propugnado por las doctrinas nacionalistas. Para la nación semita, la unión estará al servicio de unos fines innobles: el sometimiento, a través de una explotación económica, de los pueblos libres: el dinero por el dinero y el poder por el poder. En contraposición, la misión de la comunidad cultural alemana será una guiada por estandartes de grandeza y elevación: la conservación de la propia identidad. Y no sólo su conservación, sino también engrandecimiento, a través de la aportación creativa de sus miembros, inspirados en ella misma y nunca en otras fuentes.

Años después, Alfred Rosenberg reciclará esta temática del judaísmo como incultura y llegará a teorizar que, el principal defecto de los judíos reside en su incapacidad congénita para conformar un pueblo (*volk*), es decir, una identidad colectiva. En cuanto que esta es la capacidad que, según el teórico nazi, define a la humanidad, los judíos quedarán relegados a una categoría inferior (Steizinger, 2018). Rosenberg dará un paso más que el evolucionismo biologicista y, haciendo hincapié en una reflexión de índole metafísica, afirmará que la raza nórdica es la única raza humana, pues es la única que, justo, ha llegado a desarrollar una identidad verdaderamente atribuible al Ser Humano. Es decir, no existe una diversidad de razas humanas de mayor o menor orden, sino una única raza humana (Steizinger, 2018).

Volviendo al carácter internacionalista, existían “pruebas” de éste al alcance de la mayoría. La familia Rothschild era una de esas “pruebas”. Su connivencia con tres

gobiernos distintos –francés, austriaco, y británico–, y su dispersión estratégica por los centros de poder, confería plausibilidad a la idea de una desmedida influencia en el mando y gestión de los Estados. La manera en que los Rothschild conducían sus *affaires* se concebía como significativamente representativa de la praxis judía. Este era tan sólo uno de los casos que, por las razones que fuese, no había sido posible ocultar (Lindemann; Levy, 2010). No tenía nada de excepcional. La histórica relación de los judíos con reyes, príncipes y emperadores, tradicionalmente encarnada por la figura del judío palaciego, y más adelante por la del financiero, evidenciaba una relación de los judíos con las altas esferas de poder y decisión. A la larga, esta asociación con el Estado tendría unas consecuencias nefastas, pues todo grupo de la sociedad que entrase en conflicto con el Estado, entraba, casi de forma automática, en conflicto con uno de sus mayores aliados, los judíos. Esto propiciaría el desarrollo de un antisemitismo de izquierdas –que tendría, más adelante, un gran peso en el discurso Nacionalsocialista–, cuya arenga en denuncia del capital bancario adquiriría tintes antisemitas (Hirsh, 2018). El potencial destructivo de un antisemitismo convertido en movimiento político-social de masas será, en efecto, comprobado durante el Tercer Reich.

Por otro lado, desde el liberalismo se expondrá un antisemitismo que encontrará su razón de ser en el factor religioso. Para los liberales, la emancipación del hombre pasará por el abandono de antiguos dogmas y supersticiones, así como por el abrazo de la razón como guía suprema del pensamiento y acción humanas. La asimilación será concebida como una buena herramienta para la compleción de dicha emancipación a través de la depuración del yugo doctrinario de la fe. Con el fin de promover una noción atractiva de tal opción, esta facción política contribuirá a extender las mismas representaciones antisemitas que las facciones conservadoras. De este modo se esperaba lograr el empuje hacía tal iniciativa (Katz, 1980).

Johannes Nordmann refleja a la perfección esta esperanza típicamente liberal de una asimilación generalizada y ecualizadora que desvanezca las diferencias superfluas:

We know and appreciate some Jews in whom the racial peculiarities have been reduced to such an extent that they no longer impair the human values. We are therefore very much inclined to admit exceptions... As for the time to come, when in a remote future a finer morality will enter into the heart of the chosen people... and the moral elevation of centuries will prove that it was broken with the

inheritance of millenia... then our later descendants will have no possible reason to make a distinction between Germans and Jews (citado en Katz, 1980: 214).

De gran interés resulta también la teoría conservadora del apoyo judío a toda iniciativa revolucionaria. A entender de conservadores como Bruno Bauer, los judíos han aclamado todas las revoluciones modernas, desde las francesas hasta las italianas, pasando por Polonia y Hungría. Este apoyo a los movimientos subversivos se deberá, supuestamente, a un resentimiento con el cristianismo por haber arrebatado al judaísmo su posición dominante (Goldstein; Evans, 2011). El especial interés de esta pieza del pensamiento conservador reside en el aporte que realiza a la tarea de reconstruir la genealogía de la idea de la conspiración judeobolchevique. Esta reflexión no surge únicamente, como parece proponerse desde algunas posiciones, a causa de la presencia de nombres y apellidos judíos en las filas de los movimientos revolucionarios de mayor prominencia, sino que encuentra su origen en el forcejeo entre el conservadurismo nostálgico y temeroso y las nuevas fuerzas sociales de orientación progresista. La cuestión judía será, pues, ampliamente abordada en estos términos. Se obrará una identificación de lo judío con las ideas revolucionarias y viceversa. En esta línea, la Ilustración será también pensada como un vehículo para la dominación semita del globo, una puerta de acceso a la sociedad europea. A pesar de sus declaraciones en contra, no será el humanismo en sí –que reconoce de origen cristiano– lo que la vieja guardia conservadora desprecie, sino la explotación del mismo por el elemento judío y su tergiversación como medio para lograr sus propósitos (Pulzer, 1992).

En cualquier caso, sea cuál sea la rama antijudía en cuestión, el viraje que experimentará el judaísmo entre 1850 y 1871 será acogido con profunda desazón por la mayoría de los costados del antisemitismo. Este viraje, basado en los ideales de libertad, igualdad ante la ley e igualdad de oportunidades, dará origen a una nueva forma de conceptualizar el judaísmo. El nuevo judío será aquel individuo que, atravesando los confines de la comunidad religiosa, abandonará los valores ortodoxos para adoptar una forma individualista de dirigirse. El resultado será el judío dedicado al campo del arte, el pensamiento, y a empresas de tipo particular (Katz, 1980). Con esta mutación, el judaísmo alcanzará más elevadas cotas de abyección. Si el judío que guardaba con solemnidad las tradiciones religiosas ya constituía un apátrida, eternamente vagante y desleal, el librepensador no tendrá anclaje ni siquiera a sus propias coordenadas de origen. La depravación moral semita adquirirá, con estas nuevas formas, una libertad de propagación

sin precedentes. A diferencia del judío ortodoxo, pasivo, obediente, controlable, acostumbrado a la solidez e inmanencia de un orden social, el reformista quebrará las sujeciones del carácter judío. Descentrado de los asuntos religiosos, expondrá una tendencia hacia la ganancia a toda costa y al placer desmesurado. Esto implicará, no sólo un peligro para la fe judía, sino también un ataque directo contra la fe cristiana, pues la posibilidad de una desaparición de la primera, vulnerará la función testifical que le es asignada por la tradición escatológica (Katz, 1980).

Hay que destacar que, aunque los términos raza, racial, sangre, y otras recurrencias biologicistas, serán incluidas en el vocabulario de un gran número de antisemitas, aún no denotarán el determinismo del que posteriormente serán crediticias.

Ahora bien, partiendo de este nuevo tipo de judío, la noción de criminalidad asociada a las deficiencias morales dará paso a otra que irá allanando el camino al concepto moderno de raza. O más bien a las fases intermedias de su evolución. El judaísmo dará paso a la judeidad. Esta última no será caracterizada relacionamente con la dimensión religiosa, sino que más bien hará referencia a los pormenores de la psique (Arendt, 1973 [1951]). El judaísmo pues, será reactualizado como judeidad, es decir, como una cualidad psicológica; el vicio, y no el crimen, será el mal asociado a las problemáticas de la mente. Si el segundo era tenido por un problema corregible de conducta, el primero presentará un aura de inmanencia. Esto significará una transformación en la forma de afrontar las “anomalías” sociales. El crimen era enfrentado por un sistema punitivo ejerciente de una labor disciplinaria; el vicio, sin posibilidad alguna de corrección, habrá de ser eliminado:

Jews had been able to escape from Judaism into conversion; from Jewishness there was no escape. A crime, moreover, is met with punishment; a vice can only be exterminated (Arendt, 1973 [1951]: 87).

Esta lógica determinista se acercará más a la aplicada por los teóricos nazis. Hacía la década de 1890 el antisemitismo se habrá instalado en esta manera de enfocar la perdurable cuestión judía. Así lo atestiguan las palabras pronunciadas en el Reichstag, en 1895, por el parlamentario antisemita Hermann Ahlwardt:

If one designates the whole of Jewry as harmful, one does so in the knowledge that the racial qualities of this people are such that in the long run they cannot harmonize with the racial qualities of the Germanic peoples, and that every Jew who at this moment has not done anything bad may nevertheless under the proper

conditions do precisely that, because his racial qualities drive him to do it (citado en Hilberg, 1985: 17-18).

Aquí la raza señalará ya plenamente una coincidencia entre las facultades físicas y mentales. Bajo esta lente, el individuo se verá determinado, de forma irremisible, por su herencia genética. Como señala Ahlwardt, el judío se verá arrastrado por sus cualidades raciales. No existe el judío bueno, pues lo único que existe es la raza judía, la judeidad, y la composición de esta raza es esencialmente abyecta. Tarde o temprano, el judío se verá abocado a violar las leyes morales fundamentales para el correcto desenvolvimiento de la sociedad. De esto se deduce que, con independencia de sus actos, el judío deberá ser tratado como culpable.

En esta misma línea racionalista, Karl Eugen Dühring afirmará que el problema judío constituye una cuestión racial, moral y cultural. Para este abogado y filósofo alemán, los judíos conforman una especie humana única, especialmente reconocible por sus desastrosos rasgos físicos y morales (Rose, 1990). A diferencia de otros antisemitas como Heinrich von Treitschke o Adolf Stoecker, Dühring se mostraba contrario a la vía legal para la resolución del problema judío. Una de las medidas principales que podían esperarse de esta vía legal –y que una gran parte de los antisemitas ansiaba– era la progresiva revocación de las leyes de emancipación, así como de sus efectos sociales. Otras propuestas incluían la limitación del número de jueces judíos, la depuración total del sistema docente, la prohibición de inmigración judía, un censo específico para la población judía, y en general la denegación por ley del acceso a puestos de autoridad gubernamental y responsabilidad administrativa (Rose, 1990). Sin embargo, Dühring, exponente del ala más dura, tildaría de insuficientes todas estas acciones, puesto que el judío, en su maestría y astucia, siempre encontraría la manera de tomar de nuevo el botín. La inmutabilidad de la esencia judía garantizaba la realidad de esta amenaza. Es por ello que la única solución posible consistía en la erradicación total de los judíos de la faz de la tierra (Rose, 1990). Solo así podría librarse a la humanidad, de una vez por todas, del milenario mal.

Aunque el determinismo de este concepto de raza debe mucho al racionalismo científicista, característico de la modernidad, las imágenes del judío que el antisemitismo continuará invocando son, en su mayor parte, aquellas de la herencia medieval. En concordancia, estos últimos años del decimonono aún verán acusaciones de asesinato ritual de niños y adolescentes, como en los casos de Xanten (1891) y Konitz (1900)

(Schorsch, 1974). Esto pone en evidencia que los milenarios mitos acerca de la maldad judía gozaban de gran credibilidad, no sólo entre la población sino también entre los oficiales gubernamentales (Schorsch, 1974). A principios del siglo XX, la imaginación antisemita seguía retratando al judío como un ser indigno de confianza, profundamente inmoral, pues el único móvil que impulsaba sus acciones era la ganancia, la meta de acumular riqueza y poder, así como el beneficio en clave endogámica –el judaísmo como una gran familia–. Ciertamente es que estas creencias variaban según el contexto. Es más que probable que, tendencias como la de asociar judaísmo y vampirismo o con el envenenamiento del agua y los alimentos, así como con el mencionado asesinato ritual, exhibieran mayor fuerza en contextos rurales con índices elevados de analfabetismo. En el contexto urbano, la población dividida en clases y menos familiarizada con las tradiciones del campo, el repertorio de imágenes antijudías era más susceptible de hallar su origen en la lucha política de clases y el paradigma pseudocientífico.

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX, las imágenes invocadas por el antisemitismo acerca del problema judío conformarán un indudable y sólido precedente con el credo antijudío nazi. La nación judía será representada como un *volk* esencialmente capitalista. En un plano de mayor concreción, los judíos serán ampliamente identificados con la figura del financiero, el corredor de bolsa, el promotor, y demás ocupaciones similares relacionadas con el campo de la economía. La idea de la dominación de la bolsa, la cual será descrita en clave humorística como un club privado judío, gozará también de gran extensión. El establecimiento de esta relación casi natural entre la economía y los judíos convertirá a estos últimos en los causantes de las bancarrotas y demás colapsos económicos –Gran Depresión (1873-1896)– (Katz, 1980).

Sirviéndose del clima favorable a la emancipación, los judíos habían aprovechado para penetrar en lo más hondo de los fundamentos de la nación alemana. Habiendo ascendido a las más altas esferas de poder y autoridad habían logrado convertir Alemania en un paraíso para sus corruptas empresas liberales, en un nicho particular de explotación económica. Con el control de todo el capital alemán, la prensa y opinión pública, así como del parlamento, los judíos habían logrado orientar todas las dimensiones de la vida nacional a su favor –*Judenpolitik*–. Tales han sido las consecuencias de la emancipación judía. Para el antisemitismo se trata de la prueba final de que ésta jamás debería haber sido promovida; jamás debería habersele dado al judío la oportunidad de distanciarse de su situación de colectivo tolerado y protegido. Profundamente decepcionados, los antisemitas sostendrán que Alemania es corresponsable de haber facilitado el acceso al

eterno antagonista de Occidente (Katz, 1980).

Wilhelm Marr será una de las voces de mayor relevancia en la difusión de este discurso; pasará a la historia como el padre del antisemitismo moderno, es decir, de un antisemitismo racial de base racionalista. Con Marr el antisemitismo dará un paso más, dejará de ser tan solo una corriente de pensamiento para convertirse en una opción política de gran popularidad. Su éxito radicarán en un cambio radical en la manera de enfocar la problemática semita. Esta nueva doctrina política señalará la influencia y dominación judías como origen de todos los problemas, ya sean estos económicos, sociales, políticos, culturales, etc. La cuestión social y la cuestión judía serán una en este andamiaje teórico. Su prédica establecerá que el fin de los males que achacan a la sociedad alemana llegará con el fin del problema judío. Tan sólo así el bienestar material y espiritual de la nación alemana será restaurado. El objetivo fundamental de este movimiento político será, pues, salvar a la patria de una judaización irreversible. Una vez conseguido esto, la nación alemana superaría todos los conflictos sociales –divisiones políticas y de clase– y se alzaría de nuevo. Este organicismo político, con su énfasis en la unidad, será crucial en la doctrina que el partido nazi adoptará y desarrollará con respecto a la Nación y el Estado (Katz, 1980).

Desde las últimas décadas del siglo XIX hasta el auge del Nacionalsocialismo, la doctrina antisemita no experimentará grandes cambios. Incluso pasará por periodos (1900-1914) de baja intensidad.

Durante la Primera Guerra Mundial, la generalizada desconfianza hacia los judíos se dejará sentir. No obstante el gran patriotismo manifestado por un importante sector de la población judía, esta deberá soportar la acusación de traición y falta de compromiso con la empresa bélica. Se difundirá la idea de un reducido número de alistados judíos; el resto de judíos alemanes permanecerá cómodamente en la retaguardia, lucrándose por medio de turbias actividades comerciales en el mercado negro. Cuando más tarde se compruebe, a raíz de un recuento estadístico (*Jew-count*) exigido por el ministro prusiano de la guerra, que en realidad las cifras especuladas no encajan con la realidad, dicho informe será descartado y desechado. Así, la acusación de falta de lealtad y patriotismo perseverará, dando pie, años más tarde, a la versión más antisemita de la puñalada por la espalda.

Cinco años después de la guerra, de la Revolución de noviembre y la instauración de la República, un joven partido nazi tratará de hacerse con el poder por la fuerza. Esta intentona fracasará, sin embargo, y durante la segunda mitad de los años 1920 el

movimiento parecerá estar condenado a desaparecer. No obstante, no será así, pues experimentará un reflote debido a la debacle económica del veintinueve. La grave crisis social desencadenada tras el crack propiciará un terreno fértil a las ideas propaladas por los nacional-revolucionarios. El antisemitismo, columna vertebral, estará entre estas ideas. Al igual que a raíz del pánico de 1873, la caída en picado de la bolsa en 1929 situará en el punto de mira de la propaganda antisemita a la plutocracia judía. La ocasión será aprovechada para hacer hincapié en el dominio semita de la economía mundial y nacional, así como de otros campos importantes como las artes y las ciencias. En cualquier caso, como se decía más arriba, las representaciones antisemitas que circularán entre la población durante los años del Imperio y posteriormente de Weimar, no presentarán diferencias sustanciales entre ellas. La idea racial irá tomando fuerza a medida que avance el nuevo siglo, pero siempre empleando la iconografía clásica característica del antisemitismo decimonónico. A estas imágenes tradicionales se le unirán aquellas extraídas de los inmigrantes judíos procedentes del Este de Europa. Estos últimos, por lo general ortodoxos y pertenecientes a otra cultura, presentaban importantes diferencias con respecto a los judíos alemanes, asimilados y altamente involucrados en todas las esferas de la vida nacional alemana (J. Hartman, 2000). A pesar de esta realidad, el antisemitismo aprovechará la sensación de extrañeza e incomodidad causada por los nuevos flujos migratorios para establecer una equivalencia entre judeo-alemanes y aquellos de otras nacionalidades. Así, colectivizados e indiferenciados, la selección de estereotipos será aplicada por igual a todos los grupos: engañosos, parasitarios, extranjeros, apátridas, retorcidos; astutos para los negocios, de naturaleza destructiva y explotadora, plaga (J. Hartman, 2000). En suma, un gran peligro para Alemania. En cuanto a su descripción física, rozará lo monstruoso: cabellos largos y ondulados, largas barbas, ojos inyectados en sangre, nariz sobredimensionada, dedos largos y huesudos con garras, rostro macilento.

De este modo, los antisemitas, grandes detractores de la emancipación y de la participación judía en los asuntos políticos del país, llevaron a cabo campañas en las que se identificaba la República con aspiraciones específicamente israelitas. Así, esta sería tildada de “República judía”. Lo mismo ocurriría en cuanto al campo cultural que esta albergaría, que sería calificado también de típicamente judío (*Judenkultur*). De nuevo, la gran participación de judeo-alemanes en el cine, la radio, la literatura, la música, y demás actividades artísticas y culturales, era para muchos símbolos de una decadencia de largo recorrido. Esta tendencia judaizante no sólo sería denunciada por la ascendente ideología

nacionalsocialista, sino también por otras facciones de signo conservador, nacionalista, y de derecha tradicionalista, los cuales habían recibido siempre de manera positiva las ideas antisemitas. Así mismo, y a causa de esta variedad, la denuncia no será homogénea, el antisemitismo gozará de pluralismo entre sus filas. El propio partido nazi hallará divisiones en sus más altas esferas. Será a crédito de estas diferencias que, Joseph Goebbels, ministro de propaganda del Reich, señalará como ridículas las teorías místicas expuestas por Heinrich Himmler, o que Hitler desaprobó del antisemitismo metafísico delineado por Alfred Rosenberg. Sea como fuere, en una cosa había unanimidad: en el carácter profundamente pernicioso de la raza judía y en la necesidad de reestablecer el orden natural de las cosas.

Para Adolf Hitler, este orden permanecería irrealizable mientras no se obrase la perfecta separación de las diferentes razas. Sólo la realización de esta ley fundamental inmutable de separación garantiza la pureza, y sólo la pureza garantiza el pleno desarrollo del potencial que encierra en sí cada pueblo-raza. El pueblo judío, pues, no tiene lugar en el Estado de la nación alemana. Ningún otro pueblo, salvo el alemán, corresponde al seno de su propio Estado; este último es extensión del espíritu cultural de las naciones, organismo vivo que protege y nutre el legado que constituye dicho espíritu. Se deduce, pues, que toda mezcla de sangre tiene un efecto desintegrador y decadente en las culturas que la padecen (1925).

Ahora bien, más allá de este problema de mezcla de razas, existe el problema de la raza judía en sí. Para Hitler, los judíos son un pueblo parasitario en todos los sentidos. No tienen cultura propia, pues tampoco han tenido nunca un Estado, una circunscripción territorial delimitada, y la una deriva de la otra. De forma opuesta al elemento racial ario, el elemento judío no conoce idealismo, esto es, la facultad de sacrificio individual por la comunidad. El ethos judío está, en cambio, caracterizado por un principio de egoísmo, por un atávico instinto gregario de conservación; su único objetivo es el de la supervivencia a toda costa. Es por ello, por esta incapacidad congénita para desarrollar cultura propia, que siempre han necesitado de las culturas ajenas para nutrirse existencialmente –tanto en el sentido metafísico como en el físico–. Con este fin, se hacen pasar por una comunidad religiosa marcadamente peculiar –en el éxito de esta treta reside el éxito de toda su empresa–; se hacen pasar por judeo-alemanes, judeo-italianos, judeo-franceses. Pero tal cosa es imposible, pues no constituyen un credo, sino una nación. Y una nación no puede ocupar el espacio ya ocupado por otra. Es por esta misma condición que los tentáculos del Estado judío no conocen límite, es por ello que “su cultura” no es

más que el acervo cultural corrupto de otras naciones. El judío, al igual que los parásitos, no puede evitar esta forma de proceder, y siempre está en busca de nuevos organismos a través de los cuales sostenerse (1925).

A partir de este punto, una vez logrado el acceso al cuerpo que infectan, los judíos, a través de la bolsa, hacen crecer su capacidad de influencia en la economía y se hacen con la propiedad y el control de toda la producción nacional. Sirviéndose de la francmasonería conquistan a la élite burguesa y liberal, por medio de una pantomima económica crean el proletariado industrial y explotan la miseria resultante de la división de clases. Una vez han triunfado con el implante de la democracia y el parlamentarismo, el siguiente paso es la dictadura comunista. Entonces la vil explotación puesta en marcha no tiene parangón. Es así que los judíos utilizan a los pueblos libres, hasta reducirlos a escombros (1925).

Por su parte, Alfred Rosenberg se sirve del concepto de raza-alma para dar cuenta de esta tendencia semita hacia el drenaje de las naciones. Sólo los humanos poseen una raza-alma, la cual posibilita la creación y el desarrollo de comunidades culturales y de identidad (colectiva). En contraposición, los animales y los humanos-animales no poseen este rasgo. Los judíos, carentes de toda metafísica y cultura, y por tanto de toda facultad creativa, se hallarían bajo la categoría de la mera humanidad-animal. Representan la antípoda de la raza, representan la antípoda de la humanidad. Al igual que Hitler, afirma que los judíos, carentes de todo valor elevado, únicamente se guían por un instinto egoísta de conservación; se sienten atraídos por la dimensión material y superficial del mundo que les rodea. Su comportamiento inhumano, cruel y destructivo viene determinado por esta tendencia indispueta de cualquier espíritu filosófico o cultural. Es, por tanto, esta incapacidad para desarrollar personalidades culturales lo que empuja a los judíos a su actividad parasitaria. Bajo esta óptica, la misión del Nacionalsocialismo sería librar a la humanidad de los grupos subhumanos que amenazan con hacerla desaparecer a través de la corrupción de su tradición (Steizinger, 2018).

Julius Streicher, editor del diario *Der Stürmer*, y Ernst Hiemer, escritor estrecho colaborador del primero, representan una de las alas menos refinada del antisemitismo nazi. Su temática e iconografía suponían, en gran medida, una revisión de las representaciones mítico-medievales del judío. Hiemer, en su libro infantil *The Poisonous Mushroom* (1938), escribirá que el judío es el diablo en forma humana. Streicher apoyará esta máxima y, aunando las teorías racistas del momento con las leyendas medievales, afirmará que el influjo de Satán se halla en la sangre semita. Ambas personalidades, en

sus respectivas publicaciones, insistirán en la realidad del asesinato ritual; el sacrificio *Kosher* sería presentado como una evidencia tajante de este tipo de prácticas; al igual que con los animales, el asesinato ritual se vendría realizando desde el principio de los tiempos a hombres, mujeres y niños, y derivaría de la naturaleza esencialmente asesina de la raza judía. El judío será, pues, una vez más, una criatura diferente a la humana: parásito, fraudulento, criminal, y adorador del dinero, siendo este último empleado como herramienta para la esclavización, explotación y dominación del orbe. Sin sentido del honor ni de la justicia, desprecian a todos los pueblos y naciones, a todas las razas no judías, a las cuales no consideran humanas, sino animales. Todo este odio se encontraría prescrito en el Talmud, el libro secreto de las leyes judías. En éste queda establecido que todo crimen está permitido, siempre y cuando sea perpetrado contra gentiles. De este modo, el judío y el gentil responderían a leyes distintas (Hiemer, 1938).

En cuanto a las descripciones físicas, Hiemer advierte, en *The Poisonous Mushroom*, a los niños alemanes, acerca de la forma de identificar a un judío: su nariz es grande y curvada hacia abajo, con forma de seis. Tiene los labios hinchados y las cejas poco pobladas pero carnosas, la frente en retirada –la típica frente del criminal–. En su mirada puede apreciarse que se trata de un ser fraudulento. Sus orejas son grandes, como las asas de las tazas de café. Sus cabellos suelen ser negros y rizados, sus piernas cortas y arqueadas, de ahí su mediana estatura. Puede reconocérseles también por el tono de voz, marcadamente nasal, así como por el hedor dulzón que despiden. Además, es importante tener en cuenta que, cuando consiguen suficiente dinero, se afeitan, se hacen con nuevas prendas y fingen ser alemanes (1938).

En otro de sus libros para niños, titulado *The Poodle-Pug-Dachshund-Pinscher* (1940), escribe:

These are bastards among the animals and among the people. The Jews are bastards. They show the racial characteristics of the white, yellow, and black peoples. Their curly hair and protruding lower lip remind one of the Negro. Typical characteristics of the jews also include their crooked legs and flat feet. Many Jews have a nose which is bent at the point and jughandle ears. Their revolting body odor also brand them as a foreing race. Their sneaky gait and posture suggest the apes. Many Jews have a small, receding forehead and a skull like a gorilla (61).

La comparación con el mundo animal y vegetal y con todo tipo de seres detestables será profusa: setas venenosas, sapos, vampiros, buitres, roedores, camaleones, arañas, bacterias, monstruos cornudos... La lista sería inagotable.

También serán usuales las publicaciones en las que se caracterizará a los judíos como criaturas antihigiénicas. Se publicarán fotografías del interior de sinagogas y residencias particulares repletas de suciedad. En la línea del determinismo racial, esta falta de higiene será mostrada como significativa de una falta de moralidad. La fealdad, la gordura, la perversión sexual, serán también rasgos asociados a la personalidad judía (Bytwerk, 2001). En suma, se trataba de transmitir la idea, como se ha señalado más arriba, de que el comportamiento de los judíos no se asemejaba al comportamiento normal de los humanos. Esta diferencia de naturaleza, inherente e irremediable, será enfatizada *ad infinitum*.

En comparación con el crudo lenguaje de Streicher y Hiemer, destacan otros discursos racistas de mayor sofisticación. Por ejemplo, el que puede ser apreciado en algunos de los panfletos dedicados a los miembros de la organización de las SS (*Schutzstaffel*). En estos, la ciencia como instancia legitimadora del pensamiento racial ocupa un lugar central. Según estas piezas de propaganda, la cosmología nacionalsocialista erigida por Adolf Hilter se basa en los descubrimientos de la nueva revolución científica auspiciada por el espíritu científico nórdico. Estos hallazgos, producto de serias investigaciones en materia de genética, sorteaban el mundo de las apariencias y descubren, por medio del conocimiento de las leyes naturales, la auténtica esencia humana: la conexión racial entre cuerpo, mente y alma. Aquí un fragmento representativo:

Racial differences are physical, spiritual, and intellectual. The most important differences are in the spiritual and intellectual areas, in life styles. Racial science is further supported by advances in genetics. Nordic scientists probed ever deeper into the secrets of life and nature. Genetics tells us that characteristics are passed unaltered from generation to generation, and that spiritual and other characteristics are inherited along with physical ones (1943).

Una vez ejecutada la justificación científica, comienza el ataque a los judíos, de mayor coincidencia con la doctrina general: Puesto que su constitución es racialmente mestiza se trata de subhumanos. Su rasgo de mayor distinción es el parasitismo. Así, estos portadores de los rasgos abyectos –y de ninguno positivo– de todas las razas que aglutina,

se han hecho con el liderazgo de los partidos políticos, la economía, las ciencias, el arte, y la prensa, degradando la nación desde su interior. Su motivación es la conservación de la propia raza y la destrucción de la pureza de las otras, pues sólo así puede hacer realidad su proyecto político de dominación global.

Hermann Esser (1939) hace hincapié también en esta tendencia:

Wherever Jewry has appeared, it has never built anything. It has always and everywhere destroyed or torn down, sucking others dry to fill itself. From the days of the Romans to our day, Jewry in every century, in every people, was and remained a foreign body, a destroyer of real and ideal values, a denier of any upward progress, a plague for body and soul. It sneaks in through deceit and treachery, trickery and slyness, murder and assault, understanding how to establish itself (10).

Podría rellenarse un gran número de páginas con ejemplos del discurso antisemita plasmado más arriba. Aunque emitido por diferentes personalidades simpatizantes de la ideología nacionalsocialista, las mismas ideas son reiteradas una y otra vez. Es necesario comprender que la propaganda antisemita del Tercer Reich basa su eficacia en una difusión total –en todas las áreas de la vida socio-cultural– y en una repetición constante de sus representaciones. El contenido de fondo que pretende transmitirse permanecerá prácticamente inalterado desde los primeros hasta los últimos años. Si bien los signos empleados varían, en una supeditación a la tarea de reproducción, el o los significantes no se verán alterados hasta el punto de merecer reseña. Aunque recrudescida por la Segunda Guerra Mundial y, más tarde, ante la perspectiva de una inminente derrota, la propaganda nazi continuará insistiendo en el artilugio ideológico de la conspiración judía universal. Hasta las últimas publicaciones, los judíos seguirán mostrándose como una raza mestiza y defectuosa, parasitaria, pervertidora de la pureza de las razas y, en suma, portadora de todos los males degradadores para la humanidad.

En este apartado se ha trazado un “continuo” antisemita desde su modalidad medieval hasta la nacionalsocialista, pasando por su periodo de transformación durante, mayormente, el siglo XIX. Y es precisamente esta idea, la de un continuum, la que interesa en el presente trabajo. No en el sentido de que el contenido conceptual del anti-judaísmo medieval y el antisemitismo moderno coincidan, sino en el de que, sin un sedimento antisemita latente y engrosado a lo largo de los siglos, sería imposible

comprender el genocidio judío. Como señala Jeffrey L. Murray, los alemanes no se tornaron de la noche a la mañana en antisemitas empedernidos –ya se idealice esta conversión como resultado de un lavado de cerebro o de un resentimiento milenarista–. El origen del antisemitismo que azotó Centro-Europa durante la primera mitad del siglo XX, debe buscarse en una progresiva dinámica de resucitación de categorías históricas, las cuales, una vez en circulación, resultaron en una nueva operatividad. Se sostiene, por tanto, que, sin la existencia de este añejo y enraizado repertorio de representaciones, y sin su reordenamiento simbólico por parte de la cosmovisión nacionalsocialista, la concepción de la posibilidad, y más allá, de la necesidad, de eliminar a una parte de la población, hubiese sido remota.

Medios de socialización en la cosmología nacionalsocialista

En 1928, tres años después de la refundación del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, tendrá lugar la eclosión de agencias afines encargadas de difundir campañas orientadas a lo que podría llamarse nazificación del lenguaje. Siendo la prensa escrita el medio de comunicación de mayor popularidad entre los alemanes de la época, el activismo nazi pondrá todo su empeño en modificar las nociones de la población a través de la puesta en circulación de nuevas formas de representación lingüística. Uno de los objetivos de mayor promoción será introducir a la población a los pormenores del pensamiento racial, con el fin de ahondar en la separación entre alemanes y judíos. A pesar de la existencia, y puesta en práctica, de numerosas restricciones legales que facilitaban el freno a una libertad de expresión total, la jerga nacionalsocialista –y con ella su particular cosmología–, proliferó favorablemente en la escena pública, ganando una gran adhesión de manera progresiva. Entre los periódicos y diarios de mayor prominencia se encontrará el *Völkischer Beobachter* (medio oficial del partido), *Der Angriff* (dirigido por Joseph Goebbles), *Das Schawrze Korps* (editado y publicado por las SS), y *Der Stürmer* (editado por Julius Streicher).

En un plano general, pues, las directrices oficiales nazis insistirán en el uso de unas representaciones lingüísticas que, al referirse a judíos y alemanes, ahínquen en una diferencia esencial y, por tanto, en una desvinculación sin ambages, entre ambos. Así, los judíos pertenecerán a otro *volk*, extraño a todo aquello relacionado con el alemán; la variación en el elemento racial, basado en la sangre, impedía que los judíos fuesen “comrades of the people” (*Volksgenossen*). En este sentido, una directriz perteneciente a una edición especial anti-judía titulada *The goal: an Anti-jewish Periodical Press*, de mayo de 1943, indica que debe enfatizarse que *the Jews in Germany differ from the life views of the German people politically, economically, socially, culturally, and morally*. En cuanto al repertorio de temas “recomendado” a los editores se encuentran: los judíos como exponentes del Marxismo hostil al pueblo y el Estado; los judíos como promotores de derrotismo en la Primera Guerra Mundial; los judíos como revolucionarios pagados desde el extranjero; los judíos como traidores.

Como Kaplan señala acerca de la función y el impacto del *Völkischer Beobachter*:

The paper’s racialized depictions of the Jewish enemy offered the SA a discursive universe in which to make sense of their world and so guided their actions. In turn,

the brutality and images of bloodied victims of the propaganda drives increased the perceived power of the paper's parlance. Moreover, by writing about their physical onslaughts in the paper, Nazis like Altenbrandt further perpetuated the VB's [*Völkischer Beobachter*] brutal lingo, citing and repeatedly modifying its categories (2006: 41).

Es de este modo que, a lo largo de su investigación, Kaplan pretende poner de manifiesto el fenómeno de solapamiento entre violencia lingüística y violencia física. Las descripciones raciales a las que se hace referencia tienen una importante carga oriental: los judíos suelen llevar caftanes sucios, payots y sombreros negros. Sus cráneos son típicamente judíos, lucen narices grandes, cuellos delgados y piernas arqueadas. En cambio, los alemanes son rubios, de ojos azules, altos, exhiben cráneos alargados y típicamente germánicos, así como una piel rosada y suave (Kaplan, 2006).

Con frecuencia, de forma redundante, y en respuesta a un creciente afán de identificación, alemanes y judíos serán caracterizados en base a supuestas acciones, apariencias, discursos, y expresiones de pertenencia. Asimismo, se prestará atención al idioma y a su modo de empleo: se destacará como rasgo identificador el uso de las lenguas Yiddish y Hebreo, así como el mal uso semita de la lengua alemana, recibiendo este último "fenómeno" la denominación de "jewing" (*mauscheln*) (Kaplan, 2006). Siguiendo esta línea fuertemente marcada por la identidad, se introducirá una noción exclusiva de alemanidad concebida como *Rassevolk*, la cual denotará una forma concreta de ser y estar en el mundo. Aquellos ajenos a esta rígida definición serán conceptualizados como externos a la "comunidad de sangre y destino" (*Blut- und Schicksalsgemeinschaft*), "extraños" (*Fremdartig*), "disímiles en esencia" (*Wesensfremd*), y carentes de una "compartida disposición alemana" (*Geistesart*). En efecto, estas últimas categorías quedarán reservadas a todo aquello caracterizado como judío. Los temas antisemitas que acompañarán a la popularización de estas categorías serán similares a los ya tratados en el epígrafe anterior: los judíos como explotadores y parásitos, los judíos como dueños del mercado de valores, los judíos como dueños de las mayores entidades bancarias del país, los judíos como dueños de los grandes almacenes y de las mayores industrias, los judíos como clan plutócrata internacional, los judíos como defraudadores. Todos estos motivos serán plasmados en más directrices, las cuales merecen ser reproducidas:

Goal: The Jews have a decisive role in the growth of the capitalist-liberal economic system. — Using business, peoples were corrupted by Jewish methods and thinking. The Jews concealed the danger and extent of their infiltration through their modern capitalism methods. The significance of Pan-Jewry's conspiracy against humanity should be made clear. It must further be shown how the Jews have always made profits by supplying armaments, and as a result had and still have economic reasons for unleashing wars. In the long term honest labor brings greater gains than speculation and crooked dealings, but since the Jews live primarily from those sources they must from time to time provoke wars and lengthen them in order to build their fortune at the cost of the honest labor of others.

STRESS: The business as springboard for the Jew to infiltrate politics and culture; methods to dominate the peoples. — Jewish world domination in various areas of business. — The Reich as an early leader in the fight against international Jewdification. — Just as attempts to throttle the German economy from 1933-1939 failed because of the battle for production and the Four Year Plan, so the Reich and its allies will also gain political-military victory. — Jewdification in England and the USA. — Bolshevism and Jewry. — An important reason for the superiority of the Three Power Pact is that they have no Jewish armaments suppliers and war profiteers. — but enemy armaments are controlled by them.

AVOID: Calling Jews "leaders" of business. — Confusing economic bubbles, fake prosperity, and growth based on domestic strength. — Citing Sombart without the greatest care (much of his writing is unclear, and sometimes contradicts our views.) — Role of the Jews in South America. — Remaining Jewish problems in countries that are fighting with Germany. — Denigrating the armaments industry as such (armaments manufacturers are necessary, but must be honest.) — Suggesting unproven relations between leading persons in German history and Jewish armaments manufacturers).

Como puede observarse, las directrices ofrecen material abundante. El objetivo a alcanzar por medio de las mismas es claramente manifestado: *Our propaganda against the Jews*

can only be fully successful if the whole German press, meaning all newspapers and magazines together and simultaneously, reveal over several months the Jewish danger and the necessity of defeating it. El material se halla dividido en diferentes temáticas y áreas: combatiendo el judaísmo internacional: historia, historia moderna y política, raza, tierra y campesinado; el judío en los negocios y la economía de guerra: histórico, económico, confesiones judías, asuntos sociales, entretenimiento, literatura; los judíos en la cultura: los judíos en la literatura, en el teatro, en la música, en el cine y la radio; los judíos en Reino Unido; los judíos en Estados Unidos: histórico, los judíos como señores de la guerra, los judíos y el presidente de los Estados Unidos, los amigos y consejeros de Roosevelt, organización del judaísmo en Estados Unidos, cultura, comercio, industria, agricultura, minería, transporte, floresta, construcción, sistema legal, sistema financiero, medicina, movimiento obrero, crimen, política poblacional; judaísmo y bolchevismo cultural en la Unión Soviética. Más ilustraciones del contenido de las directrices en cuestión:

Goal: The constant task of all magazines is to make clear the racially and culturally destructive effects of the Jews in all areas. The last remnants of bourgeois sentimentality about the “poor Jews” must be eliminated. And the whole world must be educated about the Jews. Professional magazines have a particularly large role here.

Emphasis:

STRESS: Each individual Jew, wherever he is and whatever he does, is guilty. There is no “decent Jew,” only more or less clever concealment. The Jew is a notorious criminal.

AVOID: Inaccurate charges of Jewish ancestry of individual politicians, scientists, and artists, since false information puts the credibility of the whole argument in question. If in doubt, find accurate information. Strictly avoid discussing religious issues! (e.g., “Was Christ a Jew?”).

En cuanto al campo de *política doméstica*, en el documento se comenta:

This theme provides an inexhaustible wealth of possibilities for each editor, who will easily find topics in his area of interest. We will therefore not provide specific

topics, but rather limit ourselves to broad issues. Here as elsewhere, avoid uniformity of treatment. Our enemy, the Jew and his obedient lackeys, must be observed and attacked from high ground.

El número especial (# 8838-8846) del *Deutscher Wochendienst* en el que se publica todo este contenido destaca por su gran extensión y densidad. Esta no era la única publicación dirigida a editores, siendo que el *Zeitschriften-Dienst* cumplía una función similar.

Como señala Kaplan (2006), en 1933 se intensifica la campaña de separación entre alemanes y judíos. Ya no se trata sólo de reducir al grueso de la población, sino de preparar el terreno de manera más directa y explícita para la puesta en práctica, a través de políticas concretas, del proyecto de sociedad racial. Junto a una intensificación del discurso antisemita, se acusará a los judíos de ser los instigadores de una “agitación atroz” (*Greuelhezte*) y de ser artífices de una “pérfida propaganda” (*Greuelpropaganda*) contra Alemania. El empleo de categorías que sugiriesen conexión conceptual alguna entre lo judío y lo alemán debía ser evitado a toda costa. En caso de referencia a ambos en una misma frase, debía siempre enfatizarse que el elemento semita constituía una exterioridad con respecto a lo alemán. Tal objetivo es manifiesto en expresiones como “funcionarios judíos” o “judería en Alemania”; debían evitarse expresiones de poca contundencia como “funcionariado judeo-alemán” o “judería alemana” –las cuales presuponen posibilidad de asimilación–. Debía quedar claro que, los judíos, en ningún caso eran ni podrían ser jamás, alemanes, sino que estaban en Alemania; los judíos pertenecían a la “judería mundial”. Todo esto era acompañado de descripciones de lo que significaba ser alemán: disciplinados, respetuosos con la ley, y deseosos de unirse al partido nazi para ser partícipes de la nueva Alemania. Las categorías de “judío protegido” (*Schutzjuden*) y “judío bautizado” eran destacadas con el fin de promover el argumento de que un judío racial (*Rassejude*) siempre seguiría siendo un judío, con independencia de la fe que profesara. Otros conceptos ampliamente difundidos y reflejados en la legislación racial eran no-ario (descendiente de no-arios; podían ser judíos o no), ario (descendiente de arios), “descendiente de judíos” (*Judenstämmling*), “mestizo” –sangre alemana y judía– (*Mischling*) (Kaplan, 2006). De nuevo, categorías prestas a confusión y a no trazar una estricta línea de separación entre judíos y alemanes, experimentaban una censura terminante. Es el caso de conceptos expresivos de parcialidad o gradación como “un cuarto de judeidad” o “un octavo de judeidad”. La “comunidad de sangre”

(*Blutsgemeinschaft*) debía presentarse como un concepto firme, sin excepciones.

En *Der Angriff*, Goebbels publicó numerosos ensayos concernientes a la “cuestión judía”, de corta extensión pero de gran potencial sugestivo. En uno de ellos titulado *¡Alemanes, comprad sólo a los judíos!*, advierte del monopolio que los judíos han hecho de la economía nacional y de la ruina que espera a los alemanes si la situación no experimenta un cambio radical:

Six hundred small businesses have gone bankrupt due to Jewish department stores this Christmas season in Berlin alone! Are there still that many Germans around? Quiet — by next year there will be fewer. There is not much left to go bankrupt in Germany any longer. That is how it should be. Germany for the Jews! That is what we fought and bled for. We'll spend our last penny to that end (Goebbels, 1935 [1928]: 332).

Los tres artículos publicados en este periódico a los que se ha tenido acceso, suelen corresponderse con el discurso antisemita extendido, énfasis en la opresión a la que se halla sometido el pueblo alemán y la necesidad de librarse de los judíos para ponerle fin.

También ocupa un papel destacable la prensa gráfica. Diarios como los ya mencionados *Der Angriff* y *Der Stürmer*, así como *Das Reich* y el suplemento ilustrado del *Völkischer Beobachter* (*Illustrierter Beobachter*), se encargaban de la publicación de caricaturas de contenido antisemita. Las prometedoras posibilidades del medio visual fueron desde el comienzo comprendidas por los nazis, suponiendo estas piezas de discurso visual un poderoso acompañamiento y refuerzo a los discursos escritos.

Entre los periódicos mencionados, *Der Stürmer* destaca por su crudeza y extremismo, considerado de mal gusto incluso por un importante sector de la militancia antisemita. Las imágenes publicadas estaban destinadas a ilustrar las temáticas y motivos antijudíos. Algunas encierran narrativas de victoria frente a la dominación judía, otras simbolizan la opresión ejercida sobre Alemania por el judaísmo y lanzan consignas libertadoras —con frecuencia, en estrecha relación con citas electorales—, y otras sencillamente plasman estereotipos de una abyección extrema: identificación de los judíos con voraces arañas, con criaturas antropomorfas sedientas de sangre cristiana (acusaciones de vampirismo y sacrificios humanos), con sanguinarios y sádicos científicos, con asesinos de nacionalsocialistas, con instigadores de división y violencia política, con agresores sexuales, con homicidas imprudentes, con leguleyos, con víboras

y otros reptiles, con malas hierbas, con acaparadores y egoístas, con maltratadores de animales, con criminales comunes, con devoradores de mundos, y un largo etcétera. Como señala Bytwerk, el empleo de esta brutalidad gráfico-discursiva estaba dirigido a provocar una potente reacción de rechazo y, a su vez, una reacción contra esa reacción, encauzada hacia la eliminación.

No obstante, es necesario remarcar que la amplia difusión de éstas imágenes de particularización negativa y de segregación –tanto conceptual como de facto– entre judíos y alemanes, no corresponde exclusivamente a la labor del aparato mediático nazi. Tanto el liberal *Frankfurter Zeitung* como el sionista *Jüdische Rundschau*, se vieron inclinados a la discusión de los paradigmas *völkish* y raciales. Mientras el primero editaba artículos y reportajes en los que se delineaba, mediante el empleo de un lenguaje etnoculturalista (tribu, clan, pueblo, sangre), la existencia de una alemanidad cultural en contraposición a una otredad judía, el segundo, coincidiendo con el canon racista, categorizaba a los judíos como una raza estrictamente escindida de la germana. Más allá de los matices en cuanto a la aproximación, ambos medios contribuirán, adoptando la terminología nazi – y con ella, su cosmología–, al levantamiento de una férrea línea de separación entre alemanes y judíos.

No sería acertado, en cualquier caso, atribuir al Nacionalsocialismo todo el peso de la difusión y normalización social de los aspectos más nefastos del programa eugenésico. Ni siquiera en la puesta en práctica, siguiendo el modelo eugenésico, de medidas como la esterilización de sectores especificados de la población, será pionero el Tercer Reich. A principios del siglo XX, la eugenesia era concebida, en discretos pero significativos círculos, como una rompedora y respetable disciplina médica de vanguardia. Sus teorías, lejos de quedar como tales, serán aplicadas en diferentes contextos. Concretamente, en Estados Unidos dicha puesta en práctica tendrá, hacia 1906, el resultado de cuarenta y cinco mil personas sometida a las técnicas de esterilización. En cuanto al contenido nuclear de la doctrina racial, si se retroceden unas pocas décadas hacia 1880, Henry James, escritor estadounidense, pondría en boca de uno de sus personajes –el Doctor Austin Sloper– las siguientes palabras:

Además de su buen brazo derecho, posee una mente sutil. No sé de usted más que lo que veo; pero por su fisonomía deduzco que es sumamente inteligente (1997 [1880]: 63).

Así como:

Lamentaría mucho tener que admitir que un joven robusto y bien dispuesto pueda llegar a desesperarse (Ídem).

Aquí la fisonomía indica rasgos como inteligencia, valentía o serenidad. A lo largo de la novela (*Washington Square*) se encuentran comentarios de índole similar, de los que puede llegar a deducirse la buena salud de la que gozaban sus presupuestos epistemológicos. Cuando en 1933, los nazis se instalaron en el poder y comenzaron su proyecto de refundación del mundo, las raíces más nutritivas del pensamiento racial habían alcanzado ya una formidable profundidad social. En este sentido, y en cierto modo, una gran parte de las propuestas lanzadas por el Nacionalsocialismo no debieron resultar del todo extrañas. Y es quizá esta misma familiaridad con los ingredientes de la nueva “revolución científica” a la que debe su éxito la utopía racial.

Pero la prensa no será la única esfera permeada por el antisemitismo y el Nacionalsocialismo. Los juegos –y en concreto los de mesa– serán concebidos por el régimen nazi como un magnífico canal de transmisión ideológica dirigido hacia niños y jóvenes. Militarismo, racismo, y culto a la nación serán algunos de los temas centrales que traten de promoverse en ellos. *Stukas Attack*, *Kennst Du sie? ...die Daten der Deutschen Geschichte* (¿Conoces... las fechas de la historia alemana?), o *Juden Raus!* (¡Judíos Fuera!) son los nombres de algunos de estos juegos.

El primero consiste en un juego de mesa de inspiración belicista. El tablero es similar al de las Damas Chinas, sólo que su iconografía es militar. Se compone de casillas blancas, rojas y amarillas, representando respectivamente aire, cañones y focos antiaéreos. El objetivo es cruzar el tablero sin ser descubierto por los focos ni derribado por los cañones y llegar a bombardear la base aérea enemiga.

Como puede presumirse, en el segundo, la Historia de Alemania es protagonista. Se trata de una suerte de competición de preguntas y respuestas (*100 fragen und antworten*). Algunas de las preguntas son especialmente representativas de la línea que sigue el juego: *¿En qué fecha fueron liberados los Sudetenland? ¿Cuál es la fecha de la capitulación de Holanda? ¿En qué fecha tuvo lugar la gran batalla defensiva del frente occidental?* La respuesta a esta última: *la gran batalla defensiva del frente occidental, que a la vez fue la mayor batalla en la Historia Humana, comenzó el 05-10-1940, y reveló a Adolf Hitler como el mayor genio militar de la Historia.* Debido a su función

propagandística, la Historia de Alemania queda supeditada a la Historia del Tercer Reich, girando los interrogantes sobre todo en torno a este último periodo. No obstante, también figuran preguntas menos sesgadas como: *¿En qué fecha y lugar fue fundada la primera universidad alemana?*

En cuanto a *Juden Raus!*, es uno de los más interesantes en lo que a este trabajo respecta. Fue publicado en Alemania por Günther & Company y comercializado por la firma de Rudolf Fabricius en 1938. El tablero muestra las calles de una ciudad amurallada, las cuales cuentan con casillas que representan negocios judíos. El objetivo es simple: expulsar a los judíos de la ciudad para ser deportados a Palestina. Gana el primer jugador que consiga expulsar a seis judíos. Las instrucciones rezan:

El novedoso y sobresalientemente divertido juego para adultos y niños. El número de jugadores que pueden participar en este novedoso y extraordinariamente divertido juego familiar puede variar entre dos y seis. Contiene: un dado, seis figuras, y treinta y seis sombreritos. Cada uno de los jugadores toma una de las figuras numeradas del uno al seis.

Las seis figuras de los jugadores representan a la policía, mientras que los sombreritos representan a los judíos que deben ser capturados y expulsados. Los sombreritos, de forma cónica, simulan desagradables rostros de grandes narices y bocas desdentadas. En cuanto a los tres judíos que figuran en la esquina inferior derecha del tablero –un varón, una mujer, y un niño– coinciden iconográficamente con el estereotipo explotado por el antisemitismo –bajos, gruesos y feos–. Las exhortaciones dirigidas a los jugadores que pueden leerse en el tablero expresan: *¡Demuestra tu habilidad lanzando los dados para capturar muchos judíos! ¡Cuando consigas expulsar a seis judíos, serás el indudable vencedor!* Y bajo los tres judíos de la esquina inferior derecha: *¡A Palestina!*

Cabe destacar dos datos interesantes: en primer lugar, que la producción y lanzamiento del juego es fruto de una iniciativa privada; el Ministerio de Propaganda no se vio involucrado en su desarrollo y difusión. El hecho de que un juego de mesa de contenido expresamente racista se comercializara con tal normalidad y sin tapujos, resulta otro indicio de que el pensamiento racial –o al menos el antisemitismo– estaba profundamente arraigado en el medio social. El segundo dato, el cual otorga fiabilidad al primero, lo constituye una publicación en el diario *Das Schwarze Korps*. En ella, el juego

es duramente criticado por su banalización de las medidas adoptadas contra los judíos por el régimen nazi:

The political slogan “Jews Out” is exploited here as a big seller for all toy shops and trivialized to an amusing pastime for little children! This invention (DRGM. Nr. 1 446 399) is almost a punishable idea, perfectly suitable as grist to the mills of hate of the international Jewish jounaille, who would show around such a piece of mischief as a proof for the childish efforts of the nazistic Jew-haters with a diabolic smirk, if it would appear before her crooked nose (citado en Morris-Friedman y Schädler, 2003: 55).

Según Morris-Friedman y Schädler, si a esta crítica negativa se añade el escaso éxito comercial que ciertas evidencias circunstanciales parecen señalar (2003), es poco probable que *¡Judíos Fuera!* llegase a gozar de gran popularidad. En cualquier caso, y como se señalaba, es demostrativo de la atmósfera reinante en cuanto a los judíos se refiere.

Como se decía más arriba, el nazismo se infiltró con notable rapidez en gran parte de los aspectos de la vida cotidiana de los alemanes, representando los niños uno de los grupos más susceptible de la población. Otro juego recogido en un artículo del *Illustrierter Beobachter* refleja esta influencia de la idiosincrasia nazi en los más pequeños. Se trata de un juego de equipos, y el objetivo es asaltar y tomar el *Liebkechthaus* –la sede en Berlín del cuartel general del Partido Comunista de Alemania (Espartaquistas)–. Los participantes se dividen en dos equipos: comunistas y nazis. Según la descripción, el cuartel nazi está construido con paños y palos, y en su interior figuran un retrato del Führer Adolf Hitler y una postal con las letras de la *Horst-Wessel-Lied* (canción Wessel-Lied o Alza la bandera, himno del partido), mientras que el cuartel enemigo se compone de viejas latas oxidadas. El juego transcurre de la siguiente manera: las SA asaltan bravamente el *Karl-Liebkechthaus*, vencen, y hacen prisioneros a los comunistas. Posteriormente –y esto es lo más interesante–, los comunistas son deportados a un improvisado campo de concentración que los pequeños SA deben guardar celosamente. El campo está compuesto por “alambradas” fabricadas con palos y cuerdas. El juego es, por tanto, una representación del asalto real de 1933 al *Karl-Liebkechthaus* en Berlín. Cumple la función de conmemoración de episodios históricos de la “revolución nacional”, a la vez que instila una serie de valores concretos de carácter político y militar:

el espíritu de lucha, la camaradería, el orgullo y devoción a los símbolos del partido, la persecución del enemigo... Valores expresados a su vez por el himno Horst-Wessel:

la bandera está alzada, nuestras filas cerradas/ las SA marchan con paso firme y decidido/ camaradas atacados por el Frente Rojo y reaccionario/ marchad en espíritu con nuestras filas/limpiad las calles para los batallones marrones/limpiad las calles para las tropas de asalto/Millones alzan la mirada hacia la esvástica henchidos de esperanza/amanece el día del pan y la libertad/por última vez, resuena la llamada a las armas/para la lucha estamos preparados/pronto las banderas de Hitler flamearán sobre todas las calles/el fin de la esclavitud se acerca.

Aunque en esta representación infantil no son los judíos quienes ocupan el papel de enemigo, sí está presente la figura del campo de concentración, la cual será aplicada indiscriminadamente tanto a la componenda de disidentes políticos e indeseables o asociales, como a los enemigos de la raza. Aunque es prácticamente imposible determinar qué fragmentos del artículo son veraces y cuales otros conforman una composición puramente propagandística, parece probable que, dado el destacable afán de control totalitario del régimen nazi, los infantes se viesan fuertemente influenciados por el adoctrinamiento en las narrativas oficiales del partido. Tampoco resulta improbable que la figura del campo de concentración fuese conscientemente difundida entre la población, en parte como medida de intimidación, pero también como medio para su incorporación a la cotidianeidad.

Durante el régimen nazi, la escuela se convirtió en uno de los cauces por los que la propaganda era difundida entre niños y jóvenes. En uno de los epígrafes anteriores, se repasaron algunas de las representaciones antisemitas dirigidas a colegiales en el libro de Ernst Hiemer *The Poisonous Mushroom*. A continuación, se expondrá el contenido de diversos materiales, asimismo de orientación educativa o docente, en materia racial.

Uno de los panfletos empleados en las escuelas era el llamado *Deutscher National-Katechismus* (1934) (Nacional-Catecismo Alemán). Obedeciendo la referencia religiosa del título a un mero auxilio retórico y formal, en él se siguen los veinticinco puntos del programa Nacionalsocialista a través de la formulación y respuesta de una serie de interrogantes. Tras comenzar con la definición de raza, afirma que el pueblo alemán se compone de seis: la nórdica, la Pflzish (*fälische*), la Occidental (*westliche*) la Báltica

Oriental (*ostbaltische*), la Óstica (*ostische*), y la Dinárica (*dinarische*). Más adelante, establece que el pueblo alemán es, junto al inglés, el danés, el noruego, y el suizo, uno de los pueblos de mayor pureza racial. Además, la raza nórdica se caracteriza por el coraje, el valor, la habilidad creativa, el deseo, y la lealtad. *¿Y contra qué raza debe la raza nacionalsocialista luchar? Contra la raza judía. ¿Por qué? Porque el plan de los judíos es dominar a la humanidad. Allí donde va, destruye la cultura. A diferencia del alemán, no se trata de un espíritu creativo, sino destructivo.* Seguidamente, se describe el método por el cual los judíos subyugan a los pueblos (mercadeo, usura, etc.), así como su papel protagonista en la gran traición de 1918 (puñalada por la espalda). Se advierte, también, del peligro de la grave ofensa de deshonrar la raza: aquellos que toman por marido o esposa a un judío o judía se excluyen de la comunidad del pueblo alemán.

No sólo los alumnos, también el personal docente recibía material en torno a las cuestiones raciales y a las aproximaciones adecuadas para tratarlas en clase. A este respecto, destaca *Erblehre und Rassenkunde für die Grund- und Hauptschule* (Ciencia de la Herencia y la Raza para la Escuela Primaria y Secundaria) (1937). Esta pieza dedicada al docente indica que, la “cuestión judía”, constituye un asunto de suma importancia que debe ser comprendido a la perfección por todos los alemanes. Debe quedar claro que, las características genéticas, físicas, y espirituales del judío son tan extrañas y disímiles a las alemanas, que toda asociación de cualquier tipo con ellos debe ser evitada a toda costa; es indispensable que, incluso en su más tierna infancia, el alemán sea capaz de actuar conforme a los principios de la raza.

Más abajo, tras relatar la historia de los judíos en Europa, se tratan los siguientes apartados: Influencia del judío en la economía, Influencia de los judíos en la vida profesional alemana, Los judíos conquistan la vida cultural alemana, Judíos y política. A modo de ilustración, el apartado referente a la vida laboral proporciona los siguientes datos:

In Berlin in 1933, Jews were:

- 42% of all doctors,
- 52% of all insurance doctors,
- 45% of all hospital directors,
- 35% of all dentists,
- 28% of all pharmacists,
- 48% of all attorneys!
- 56% of all notaries!
- 80% of all theatre directors!!

Otros apartados son: Preservar la herencia racial, La ley de la selección, Eliminando *Ausmerzung* (aquellos con enfermedades hereditarias), Número creciente de enfermedades hereditarias hasta 1933, Selección y promoción de líneas genéticas sanas, Mantener la pureza de la raza, Bastardos en el mundo animal, Mestizaje racial entre humanos, Actitudes hacia la esterilización de alemanes.

El objetivo, señala el texto, es llegar a la comprensión de que: *las leyes de la naturaleza en cuanto a la herencia son indudablemente ciertas. Todos los seres vivos, incluidos los humanos, están sujetas a ellas; los humanos no son iguales, sino de diferentes razas. Las fuerzas y predisposiciones creadoras de cultura se hallan arraigadas en los genes de las razas.* En suma, el éxito total de la lucha por la herencia racial y por la cultura que deriva de ella, sólo es alcanzable a través de la ley de selección, la eliminación de aquellos con enfermedades hereditarias, la promoción de líneas genéticamente fuertes, y la preservación de la pureza de la raza.

Las *Hitler-Jugend* (Juventudes Hitlerianas) también constituían una plataforma clave a la hora de inculcar al sector más impresionable de la sociedad la cosmología épica del Nacionalsocialismo, así como la misión literalmente vital de la conservación racial. En el *Führerinnendienst des Bundes Deutscher Mädel in der Hitler-Jugend* (1944), boletín informativo dedicado a las líderes de la rama femenina de las Juventudes Hitlerianas (*Bundes Deutscher Mädel*), se establece que debe insistirse en que los judíos no pertenecen a la raza alemana ni a otras razas europeas. Debe exponerse que no constituyen una raza, sino un arcaico cruce de razas orientales y asiáticas, así como negras y otras de carácter indefinido. Empleando citas de Kant, Schopenhauer, y otras autoridades célebres, se realiza una valoración negativa de la historia de los judíos y sus modos de vida: *su objetivo es el de ganar exclusivamente posesiones materiales, particularmente dinero. Este último es percibido por ellos como el bien máspreciado. Es esta la razón por la que pretenden dominar a todos los pueblos de la tierra.* Otro de sus objetivos es pervertir la pureza de las razas al mismo tiempo que trata de mantener inalterable la propia². Por ello, el pueblo alemán debe estar preparado para defenderse de

² Como quizá se haya comprobado, este aspecto de la doctrina racial nazi presenta contradicciones: si el judío no constituye una raza, sino una mezcla de innumerables razas, y, por tanto, a diferencia de la raza alemana, no se trata de una raza pura, ¿cómo es posible que pretenda conservar inalterable una pureza que no posee? Supuestamente, el objetivo es conservar toda su carga racial negativa para contaminar deliberadamente con ella a las razas de buena sangre, pues de ello depende el declive de las fuerzas de resistencia y su posibilidad de dominio. No obstante, en esta maraña teórica confusa, el concepto de raza y pureza termina empleándose con cierta ligereza. No es de extrañar que, a parte de los propios puntos débiles de la ideología nacionalsocialista, existiera, por parte de los individuos, todo tipo de

la desintegración que representa la vulneración de la propia esencia. El boletín se compone de los siguientes epígrafes: Lectura: Oro – la única meta del judío; Conferencia: Judaísmo – El parásito entre los pueblos; La historia de los judíos en el mundo; Lectura: ojo por ojo, diente por diente...; Conferencia: la emancipación judía; Conferencia: ¡Sin escapatoria!; Conferencia: El judío – enterrador del pueblo alemán; Conferencia: ¡Alemania, despierta!; La ilimitación del odio judío; Los judíos son y siempre serán nuestro mayor enemigo; El impacto de los judíos en el mundo.

Por su parte, el boletín *Vom deutschen Volk und seinem Lebensraum. Handbuch für die Schulung in der HJ* (1937) (Sobre el Pueblo Alemán y sus Territorios), imparte lecciones de desigualdad humana, genética, e higiene racial, para tratar más adelante la relación entre la higiene racial y la corrupción que supone la introducción de sangre foránea, particularmente la judía:

Just as dangerous for the existence of a people as genetic damage is mixing with foreign blood. The German people has direct contact with only one foreign people: Jewry. Thus, for us racial hygiene means a defense against the corruption of our blood and spirit by the Jews. The differences between the German and the Jewish nature need hardly be discussed. The Jewish dominance in culture and intellectual life over the last decades has shown all Germans the destructive and corrupting nature of this people.

A continuación, lleva a cabo un repaso de las leyes fundamentales orientadas a salvaguardar la supervivencia de la raza: Ley de Retirada de la Naturalización y de Cancelación de la Ciudadanía Alemana del 14 de julio de 1933; Ley del Reich de la Herencia de Granjas del 29 de septiembre de 1933, la cual estipula que sólo aquellos de sangre alemana pueden trabajar las granjas; Ley Militar del 21 de mayo de 1935 y Ley del Reich de Servicio de Empleo del 15 de octubre de 1935, las cuales excluyen a los judíos de aquellas actividades que suponga un servicio a la nación; Ley de Ciudadanía del Reich del 15 de octubre de 1935, que niega a los judíos el estatus de ciudadanía y los relega a una posición de sujeción estatal.

malentendidos e interpretaciones libres. Tampoco se descartan diversos enfoques “científicos” en lo referente a la ontología del judío.

The goal of racial hygiene is to secure recognition for the racial nature of our people in all areas of life. Our art and culture can only be the true possession of the nation when they are an expression of our racial nature. And the economic capacity of the German people is strongest when our economic structure corresponds to our racial nature.

Es destacable que, los boletines a los que se ha tenido acceso, suelen incluir citas intercaladas de Adolf Hitler y otras altas personalidades políticas e intelectuales elevadas al plano de objetividades científicas y dogmas.

Además de la monopolización e instrumentalización de la prensa escrita, el ocio, y la educación, el totalitarismo nacionalsocialista puso todo su empeño en imponer una transformación integral de la sociedad y la cultura. Para ello, era fundamental incidir en la cotidianidad, así como operar una transformación en las fechas señaladas de mayor devoción para la población. Como forma de ser y estar en el mundo, el Nacionalsocialismo debía reflejarse en todas las esferas de la existencia. Entre las propuestas explícitas, se hallan nuevos patrones de transporte y desplazamiento, así como arquitectónicos y ornamentales –llegando a publicarse artículos-guía para la decoración del hogar–. Asimismo, la apropiación o nazificación de rituales anuales y ritos de paso se convirtió en una valiosa herramienta para instilar la nueva cosmología. Como ejemplo, destaca la introducción en la celebración navideña de elementos paganos y la intención de sustituir progresivamente la Confirmación católica y protestante por una ceremonia nacionalsocialista organizada por las Juventudes Hitlerianas. Los medios radiofónico y cinematográfico también ejercieron una excelente labor propagandística, reforzando la idea de la comunidad nacional con la delimitación de un “nosotros” hermético, autosuficiente, y excluyente (*unter uns*).

En suma, y en concordancia con la *Weltanschauung* nacionalsocialista, la totalidad de las expresiones de la existencia socio-cultural de los alemanes debía manifestar la constitución de la raza.

En cuanto al impacto que la propaganda ejercía en la subjetividad de la población, podría decirse que las campañas propagandísticas surtían un efecto reseñable. Los informes elaborados por la Gestapo y recogidos por Otto Dov Kulka (2009), muestran a una gran parte de la población convencida de la necesidad de tomar medidas más contundentes para la solución del “problema judío”. Según el informe (1934) acerca del

distrito gubernamental de Münster, en amplios sectores de la población domina la idea de que ha llegado la hora de resolver la “cuestión judía” de una vez por todas y, acordemente, planean iniciativas extra-oficiales con el fin de ejercer presión sobre las instituciones (citado en Dov Kulka, 2009). En 1935, se atribuye la ola de actuaciones o iniciativas antisemitas de septiembre a la campaña de prensa lanzada en abril. Estas iniciativas, de carácter violento, son variadas en su naturaleza. Entre las acciones de violencia pública destacan las agresiones (*Einzelaktionen*) y marchas (*Kundgebung*), los boicots comerciales, y las denuncias por el delito de deshonor racial (*Rassenschande*) (Dov Kulka, 2009: 86). En numerosas ocasiones, y como pretendida medida de protección, la población semita objeto de este activismo nazi es puesta bajo custodia por las fuerzas del orden, reaccionando los manifestantes con agravios –“lacayos judíos” (*Judenknechte*)– y una fuerte hostilidad hacia estas últimas. Se señala que, con frecuencia, tales incidentes derivaban en pogromos. Por otra parte, la crisis de los Sudetes (1938), también arroja luz sobre el impacto de las campañas de propaganda. Los informes recogen la agitación de la población de etnia alemana: culpan a los judíos de la amenaza bélica, de provocar a Alemania, y exigen su expulsión (Dov Kulka, 2009). Esto indica una interiorización de uno de los argumentos de la propaganda antisemita: la judería como instigadora de conflictos armados en base a una serie de intereses privados.

Sin embargo, Ian Kershaw atribuye esta ola de medidas violentas a la postura impaciente del Partido y de liderazgos particulares. El autor sostiene que, aunque estas fuentes primarias –los informes policiales y de inteligencia– constituyen un valioso documento, la aproximación a ellos debe guiarse por la prudencia. En este sentido, Kershaw esgrime que, el apoyo masivo al activismo nazi reflejado en los informes, responde a una generalización deliberada:

Some of this reports are barely credible as generalisations and were obviously written with a view to providing superiors with the story it was thought they wanted to hear. In so doing they were justifying too, the propaganda myth of the demonstrated unity of leadership and people in the anti-Jewish ‘demonstrations’ (Kershaw, 2008: 177).

No obstante, recalca, esto no es razón para descartar la idea y el hecho de que, una parte de la población no activista se viera arrastrada, por diversos motivos, a participar de las iniciativas.

En cualquier caso, la consideración de ambos enfoques resulta fructífero si son alumbrados con la luz adecuada. En esta dirección, Jeffrey W. Murray (1998) otorga un papel crucial a una retórica dialéctica manifestada en la forma del pronunciamiento oral, la validación legislativa, y la actuación pública. Es decir, sorteando aproximaciones dicotómicas como las ofrecidas por Goldhagen (o bien los alemanes eran antisemitas consumados de antemano o fueron forzados irremediabilmente a colaborar (1996)), Murray se decanta por una dinámica procesual. Bajo esta modalidad de análisis, la cuestión no se centra tanto en la voluntariedad –o ausencia de la misma– de los participantes, como en la construcción de dicha voluntariedad. Ahora bien, cuando se habla de construcción, no se hace referencia a una suerte de automatismo o efecto narcótico derivado del dogma.

Instead, the rhetorical dialectic of ideology formation functions to generate adherence to its views largely through the construction of appropriate subjects. In other words, the perpetrators were neither “ordinary” German citizens “under the influence” of ideology, nor was the “ordinary” German citizen already a “willing executioner”. Instead, the evolution of Nazi ideology in the years 1918 to 1941 reconstructed a predominant subject position of 1918 –that of the antisemite– into a predominant subject position of 1941 –that of the “willing executioner”– (W. Murray, 53: 1998).

A modo de conclusión: el concepto de genocidio y el pensamiento alterno

En 2005, el historiador británico Laurence Rees, co-escribió y co-dirigió para la BBC la serie documental *Auschwitz: Los Nazis y “La Solución Final”*. La serie consta de seis episodios de aproximadamente cuarenta y ocho minutos de duración, los cuales representan la historia del infame campo de concentración y exterminio. Como parte de la protocolaria campaña de promoción, ese mismo año, el investigador accedió a participar en una entrevista para la revista española *La Aventura de la Historia*. En ella, Rees responde diligente, una a una, las preguntas del entrevistador. En un momento dado, éste apunta: “Algunos historiadores comparan el Holocausto con los bombardeos a civiles en las ciudades alemanas.” A lo que Rees contesta:

Eso es exactamente lo que los nazis querían que se pensara. Es lo que Rudolf Hess deja claro en sus *Memorias*. Un antiguo nazi al que entrevisté me dijo, cuando apagamos la cámara: “Mire, los niños que nosotros matamos en las cámaras de gas sufrieron menos que los niños de las ciudades que bombardearon los aliados”. Esto es una actitud nazi típica. No se puede hacer esa comparación. Creo que mucha gente, y entre ellos Winston Churchill hacia el final, se sentía mal por los bombardeos de las ciudades alemanas. ¿Cómo no vamos a sentirnos mal por eso? Pero ¿es equivalente a perseguir a todo un pueblo, montarlo en trenes, enviarlo a factorías mecanizadas de la muerte, tratar de borrar del mundo a un grupo específico de gente porque son una amenaza? No. Los bombardeos habrían parado en el momento en que los alemanes se hubieran rendido. ¿De verdad creemos que, si los británicos se hubieran rendido a los nazis, eso habría interrumpido la matanza de judíos? ¿Iban los bombardeos dirigidos contra un grupo específico de gente? Absolutamente, no.

Al hacer estas declaraciones, Rees parece establecer una jerarquía entre los asesinatos perpetrados por los aliados y aquellos perpetrados por los nazis. Según su punto de vista, ambos crímenes no son comparables: los crímenes nazis son, sin duda, peores, porque están clasificados bajo la categoría de genocidio (perseguir a todo un pueblo, tratar de borrar del mundo a un grupo de gente específico). Sin embargo, ambas actuaciones tienen como resultado la muerte de civiles indefensos, ya sea como objetivo militar en el contexto de una campaña de guerra total o en el contexto de una campaña de

persecución y aniquilación sistemática. Al igual que la comparación entre los bombardeos y las ejecuciones en las cámaras de gas da pie a una narrativa que relativiza éstas últimas, la idea de que ambas acciones no pueden compararse, da pie a una narrativa que también relativiza la masacre de civiles indefensos en el marco de los bombardeos. En este sentido, cabe preguntarse si Laurence Rees no está adoptando esa “actitud nazi típica” tan particularmente nazi; si lo que él piensa no es lo que los aliados querían que se pensara. Cuando expresa que ambas actuaciones no son comparables, puede imaginarsele diciendo, al apagar la cámara: “mire, la masacre aliada de niños no fue llevada a cabo en función de la identidad de las víctimas, porque la intención no era perseguir a todo un pueblo ni tratar de borrar a un grupo de gente específico”. Aquí, la intencionalidad parece ser fundamental para Rees. No obstante, la realidad atroz de los asesinatos no queda atenuada en base a la intencionalidad de los verdugos. Este tipo de razonamientos a la hora de enfocar, desde las Ciencias Sociales, fenómenos socio-culturales como el genocidio orquestado por el régimen nazi o los bombardeos aliados en los frentes europeo y pacífico, deben ser atendidos y discutidos, con el fin de enriquecer el análisis y librarlo de ciertas sendas tortuosas y comprometidas.

En cualquier caso, las palabras de Laurence Rees son de gran interés, ya que arrojan luz sobre algunos aspectos cruciales del concepto de genocidio. En particular, acerca de la función que cumple como herramienta de castigo y jerarquización moral. No se trata, por tanto, de que Rees sea una mala persona que albergue la pretensión de relativizar muertes, ni mucho menos, sino que los conceptos no son inocentes. Y es que, como se decía en la introducción, lo que mayor inquietud causaba al jurista Lemkin era la impunidad, es decir, la ausencia de juicio y castigo. En este sentido, puede argüirse que el concepto de genocidio está imbuido de una determinación orientada a juzgar y castigar. Y es posible que, si se posara la atención en el campo de las Ciencias Jurídicas, no hubiese nada que comentar al respecto. Pero, ¿es ésta, también, la determinación de la antropología? Juzgar no, y desde luego castigar tampoco. El trabajo del antropólogo no consiste en establecer narrativas morales, no consiste en señalar con el dedo a este o aquel por su mayor o menor “maldad”, ni en establecer qué puede o no ser comparado. El trabajo del antropólogo consiste en intentar conocer por qué las personas piensan lo que piensan, dicen lo que dicen, y hacen lo que hacen. Neutralizar, de la manera que sea, lo que un grupo de personas piensa, dice, o hace, se contrapone a ese trabajo. Éste debe “tomar en serio” a aquellos sujetos que conforman su objeto de estudio, con total independencia de sus características específicas.

Tomar en serio es, para empezar, no neutralizar. Es, por ejemplo, dejar en suspenso la cuestión de saber si y cómo ese pensamiento ilustra universales cognitivos de la especie humana, si se explica por ciertos modos de transmisión del conocimiento socialmente determinados, si expresa una visión del mundo culturalmente particular, si valida funcionalmente la distribución del poder político y tantas otras formas de neutralización del pensamiento de los demás. Suspender esa cuestión o por lo menos evitar encerrar en ella la antropología; decidir, por ejemplo, pensar el otro pensamiento simplemente (digámoslo así) como una actualización de virtualidades insospechadas del pensar (Viveiros de Castro, 2010: 208).

Ahora bien, debe quedar claro que, “tomar en serio”, no implica aceptar acríticamente las categorías discursivas del otro y hacerlas propias; tampoco es la antropología un instrumento de conversión:

No debemos relacionarnos con él [el pensamiento objeto de estudio] en términos de creencia, ya sea sugiriendo con benevolencia un “fondo de verdad” alegórico, [...] o, peor aún, imaginando que daría acceso a la esencia íntima y última de las cosas, porque sería propietaria de una ciencia esotérica infusa (Ídem: 209).

En el contexto de este trabajo, estaríamos hablando de tomar en serio el pensamiento nacionalsocialista. Como se ha señalado, esto significa no desacreditarlo como error, locura, ilusión, ideología, o como si de una suerte de teología dogmática se tratase (Viveiros de Castro, 2010). La moraleja debe quedar al margen del ejercicio de comprensión, por la sencilla razón de que supone un obstáculo para el mismo. Al hablar, desde la antropología, del pensamiento nacionalsocialista y de la muerte a manos del Tercer Reich de más de seis millones de personas, el mantenimiento de una prudencia conceptual será favorable. En línea con esta prudencia y, en contraposición con el campo jurídico, los motivos sí deben ser considerados. Ahora bien, ahí radica precisamente la problemática con el concepto de genocidio: en sí mismo, se halla incapacitado para reconocer esos motivos, puesto que, al clasificar una acción como genocida, se están imponiendo los motivos que el propio concepto encierra: la destrucción de una nación o grupo étnico. Esto es lo contrario a atender al otro: interpretar lo que hace sin permanecer receptivo a sus propias explicaciones de la acción. Es cierto que, existen definiciones de genocidio que no establecen la intención de destrucción como requisito, como la de Henry

Huttenbach, en la que se plantea que “genocidio” es cualquier acción que ponga en riesgo la existencia de un grupo (1988). Pero por lo general, y como señala Jones, el aspecto motivacional suele ocupar un papel marginal en las tentativas de delimitación (2011). Lo cual se debe, principalmente, a la vocación jurídica y activista de la categoría:

Cuanto más larga sea la demora en determinar si los perpetradores y planificadores albergaban tal intención [la destrucción de un grupo], más tardará la comunidad internacional en reaccionar e intervenir con el nivel de urgencia y acción requerida (Eboe-Osuji, citado en Jones, 2011: 25).

Lo que Eboe-Osuji quiere decir es que, tales sutilezas como las que giran en torno al factor de intencionalidad y motivación, lastran la evolución del concepto hacia posiciones más inclusivas y, por tanto, más efectivas desde el punto de vista intervencionista. Lo que ocurre es que, de nuevo, esta orientación de la discusión resulta irrelevante con respecto a los intereses de la disciplina antropológica, ya que, valga la redundancia, el propósito del antropólogo no es la intervención. Si esto último se tiene claro, si no se desea intervenir, se hará necesario reconsiderar algunos de los planteamientos conceptuales como el de genocidio, el cual emerge de esos objetivos intervencionistas. Si se quiere comprender –lo cual resulta indispensable para la más mínima voluntad de acción–, debe tomarse en serio que, la cosmología nacionalsocialista, concebía a los judíos no como nación o etnia, sino como facción enemiga en una cruenta guerra de la cual dependía el futuro de la humanidad. Su objetivo no era el de perseguir y destruir a una serie de individuos en calidad de integrantes de un grupo concreto. A diferencia de cómo suele plantearse el asunto, y a ojos de los nazis, los judíos sí habían cometido un crimen. De hecho, el mayor crimen que podía cometerse: la violación de las leyes naturales. Al quebrantar estas leyes y separarse de ellas, los judíos renegaban de la vida y, por tanto, se erigían en amenaza para la continuidad del mundo. Bajo esta luz, los judíos eran –como se indicó en otro epígrafe– devoradores de mundos. Para salvar al mundo, pues, era necesario acabar con los judíos.

Puede verse perfectamente por qué éste último relato resulta generalmente inaceptable: como Pierre Clastres formulaba en su *Crónica de los indios Guayaquís* (1972), el caníbal es siempre el Otro. Sólo los nazis podían haber producido un discurso que desembocase en el internamiento y exterminio de aproximadamente seis millones de personas. Desafortunadamente, se sabe que ésto no es verdad. De ello dan fe los campos

de concentración estadounidenses en los que fueron internados alrededor de 111.200 japoneses americanos –80.000 con carta de ciudadanía–. Pero los nazis eran el enemigo. También plasmaba Clastres, en su etnografía, esta relación entre otredad y enemistad cuando destacaba que las afirmaciones proporcionadas por los aché acerca de quiénes eran o no caníbales

no eran demasiado dignas de crédito, pues tanto en un caso como en el otro se trataba de enemigos, esto es, de gente a la que se atribuían todos los oprobios: son siempre feos, indecorosos y estúpidos, no saben hablar y, por encima de todo, son comedores de hombres (2001 [1972]: 251).

Para el caso que nos ocupa, la fórmula de Clastres se transforma en “el genocida es siempre el Otro”. Y lo importante es precisamente eso, quién es el genocida. Los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki causaron alrededor de 246.000 muertes –incluyendo las víctimas posteriores por exposición a la radiación– y 130.000 heridos. El número de violaciones y ejecuciones sumarias cometidas por el conjunto de las tropas aliadas es también abrumador. Así como la cifra total de víctimas a causa de los bombardeos de las ciudades europeas. Estas cifras no pueden dar cuenta del sufrimiento experimentado por las víctimas. Tampoco ningún concepto. Sin embargo, ninguna de estas acciones ha sido tan evocada por sus horrores como las llevadas a cabo por el régimen nazi. ¿Ha contribuido el concepto de genocidio a este tratamiento? ¿ha sido tradicionalmente empleado como herramienta de castigo a favor de unos intereses parciales? ¿O acaso gana adhesión a causa de una fascinación por las evidentes peculiaridades de unos hechos concretos? Quizá la respuesta a todas éstas preguntas sea afirmativa. Sea como fuere, una cosa es segura: el genocidio es algo que hacen los Otros, puesto que nunca –o en excepcionales ocasiones– nadie se reconoce como genocida. Y no es de extrañar que sea así y, que, como se ha dicho, no se acepten esos relatos particulares, puesto que hacerlo sería invalidar la posibilidad de establecer una distancia. Distancia esencial para, por ejemplo, la factibilidad de los tribunales de Núremberg y Tokio. Y quizá para la de cualquiera.

Bibliografía

A. Nielsen, C. (2013). Surmounting The Myopic Focus on Genocide: The Case of The War in Bosnia Herzegovina. *Journal of Genocide Research*, 15(1), 21-39, DOI: 10.1080/14623528.2012.759397

Akçam, T. (2004). *From Empire to Republic: Turkish Nationalism and the Armenian Genocide*. Zed Books: London

Arendt, H. (1953). *Los orígenes del Totalitarismo*. Schocken Books: Nueva York

Arnalte, A, Rees, L. (Mayo de 2005). Lawrence Rees: Auschwitz no ha terminado. *La Aventura de La Historia*, 7 (79), 32-35

Aronsfield, C.C. (1978). Nazi Extermination Propaganda, 1920-1945. *Patterns of Prejudice*, 12(5), 17-26

Bareth, K, Vogel, A. (1937). *Erblehre und Rassenkunde für die Grund- und Hauptschule* (2nd edition). Bühl-Baden: Verlag Konkordia. Disponible en <https://research.calvin.edu/german-propaganda-archive/erblehre.htm>

Bauer, Y. (2016). El Holocausto y las comparaciones con otros genocidios. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 61(228), 145-172

Beller, S. (2007). *Antisemitism: A Very Short Introduction*. Oxford University Press: Oxford

Bennecke, F. (ed.). (1937). *Vom deutschen Volk und seinem Lebensraum. Handbuch für die Schulung in der HJ*. Franz Eher: Munich. Disponible en <https://research.calvin.edu/german-propaganda-archive/hjhandbuch.htm>

Bloxham, D. (2008). Modernity and Genocide. *European History Quarterly*, 38(2), 294-311

Brubaker, R. (1992). *Citizenship and Nationhood in France and Germany*. Harvard University Press: Cambridge (MA)

(1996). *Nationalism Reframed: nationhood and the national question in the New Europe*. Cambridge University Press: Cambridge (MA)

C. Hett, B. (2018). *The Death of Democracy: Hitler's Rise to Power and the Downfall of the Weimar Republic*. Henry Holt and Co.: New York

Clastres, P. (2001). *Crónica de los indios Guayaquís: Lo que saben los Aché, cazadores nómadas del Paraguay*. Editorial Alta Fulla: Barcelona

Diewerge, W. (1941). *Das Kriegsziel der Weltplutokratie. Dokumentarische Veröffentlichung zu dem Buch des Präsidenten der amerikanischen Friedensgesellschaft Theodore Nathan Kaufman "Deutschland muß sterben"*. Zentralverlag der NSDAP: Berlín. Disponible en: <https://research.calvin.edu/german-propaganda-archive/kriegsziel.htm>

- Dov Kulka, O. (2009). Popular Opinion in Nazi Germany as a Factor in the Policy of the 'Solution of the Jewish Question': The Nuremberg Laws and the *Reichskristallnacht*. En Corner, P (Ed.). 2009. *Popular Opinion in Totalitarian Regimes: Fascism, Nazism, Communism* (pp. 81-106). Oxford University Press: Oxford
- Grohé, J. Cologne, (24 de julio de 1934). *Westdeutscher Beobachter*
- Goebbels, J. (1935). Deutsche, kauft nur bei Juden! *Der Angriff. Aufsätze aus der Kampfzeit*. Zentralverlag der NSDAP: Munich, pp. 331-333. Disponible en <https://research.calvin.edu/german-propaganda-archive/angrif10.htm>
- Goldhagen, D. (1996). *Hitler's Willing Executioners*. Alfred A. Knopf: New York
- Goldstein, P., Evans, H. *A Convenient Hatred: The History of Antisemitism*. Facing History and Ourselves National Foundation: Brookline (MA)
- Heinrich Goitsch, Niemals! Berlin: Franz Eher, 1944
- Hartmann, J. (2000). A Psychoanalytic View of Racial Myths in a Nazi Propaganda Film: Der Ewige Jude (The Eternal Jew). *Journal of Applied Psychoanalytic Studies*, (2), 329-346, <https://doi.org/10.1023/A:1010174405950>
- Herf, J. (2006). *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda During World War II and The Holocaust*. The Belknap Press of Harvard University Press: Cambridge (MA)
- Hiemer, E. (1938). *The Poisonuos Mushroom*. Der Stürmer
- Hiemer, E. (1940). *The Mongrel*. Der Stürmer
- Hilberg, R. (1985). *The Destruction of the European Jews*. Holmes and Meier Publishers: New York
- Hirsh, D. (2018). *Contemporary Left Antisemitism*. Routledge: London
- Hitler, A. (1925). *Mi Lucha*. Franz-Eher-Verlag
- J. Lee, Stephen. (1998). *The Weimar Republic*. Routledge: London
- James, H. (1997) [1880]. *Washington Square*. Edicomunicación: Barcelona
- Jones, A. (2011). *Genocide: A Comprehensive Introduction*. Routledge: London
- Jones, A. y A. Robins, N (Eds.). (2009). *Genocide by The Oppressed: Subaltern Genocide in Theory and Practice*. Indiana University Press: Bloomington (IN)
- Katz, J. (1980). *From Prejudice to Destruction: Antisemitism, 1700-1933*. Harvard University Press: Cambridge (MA).
- Kershaw, I. (2008). *Hitler, the Germans, and the Final Solution*. Yale University Press: London
- Kranjc, G. (2018). Talking Past Each Other: Language and Post-World War II Killings in Slovenia. *Journal of Genocide Research*, 20 (4), 565-586, DOI: 10.1080/14623528.1527080
- Kolb, E. (2004). *The Weimar Republic*. Routledge: London

- L. Bytwerk, R. (2004). *Bending Spines: The Propagandas of Nazi Germany and The German Democratic Republic*. Michigan State University Press: East Lansing (MI)
- (2005). *The Argument for Genocide in Nazi Propaganda*. *Quarterly Journal of Speech*. 91(1), 37-62
- s/f. *It's Them or Us: Killing the Jews in Nazi Propaganda* Disponible en <https://www.bytwerk.com/papers/Symbolic-Violence.pdf>
- Lindemann, A. S., Levy, R.S. (2010). *Antisemitism: A History*. Oxford University Press: Oxford
- Luther, M. (2004) [1543]. *On The Jews and Their Lies*. Gottfried and Fritz: London
- Michael, R. (2006). *Holy Hatred: Christianity, Antisemitism, and The Holocaust*. Palgrave Macmillan: London
- Moreno Feliú. (2010). *Encrucijadas antropológicas*. Editorial universitaria Ramón Areces: Madrid
- Morris Friedman, A, Schädler, U. (2003). "Juden Raus!" (Jews Out!) – History's most infamous board game. *International Journal for the Study of of Board Games* (6), 47-58
- Neumann, F. (1944). *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism, 1933-1944*. Ivan R. Dee, Publisher: Chicago
- P. Kaplan, T. (2009). *The Language of Nazi Germany: Linguistic Violence and The Struggle of Germans of Jewish Ancestry*. Cambridge University Press: Cambridge (MA)
- Perry, S. (1983). Rethorical Functions of The Infestation Metaphor in Hitler's Rethoric. *Central State Speech Journal*, 34(4), 229-235.
- Pulzer, P. (1992). *Jews and The German State: The Political History of a Minority, 1848-1933*. Blackwell Publishers: Oxford
- Rose, P. (1990). *German Question/Jewish Question: Revolutionary Antisemitism in Germany from Kant to Wagne*. Princeton University Press: Princeton
- Scott, B. (2000). The Origins of The Freikorps: A Reevaluation. *Journal of Contemporary History*, (1), 1-10
- Steizinger, J. (2018). The Significance of Dehumanitation: Nazi Ideology and Its Psychological consequences. *Politics, Religion and Ideology*, DOI: 10.1080/21567689.2018.1425144
- Stone, D (Ed.). (2008). *The Historiography of Genocide*. Palgrave McMillan: London
- Sündermann, H. (1943). Europäische Judendämmerung. *Entscheidungen reifen*, 57-60. Munich
- T. Katz, S. (1981). The "Unique" Intentionality of The Holocaust. *Modern Judaism*, (1), 161-183

Ternon, Y. (1995). *El Estado Criminal: Los Genocidios del Siglo XX*. Edicions 62: Barcelona

Thompson, A (Ed.). (2007). *The Media and The Rwandan Genocide*. Pluto Press: London

Viveiros de Castro, E. (2010). *Metafísicas Caníbales: Líneas de Antropología Postestructural*. Katz Editores: Buenos Aires

W. Murray, J. (1998). Constructing The Ordinary: The Dialectical Development of Nazi Ideology. *Communication Quarterly*, 46(1), 41-59

<https://research.calvin.edu/german-propaganda-archive/stuka.htm>

<https://research.calvin.edu/german-propaganda-archive/kennst-du-sie.htm>

<https://www.bytwerk.com/gpa/ib33-15.htm>

<https://research.calvin.edu/german-propaganda-archive/catech.htm>

Deutscher Wochendienst, (21 May 1943) (# 8838-8846). Disponible en <https://research.calvin.edu/german-propaganda-archive/dw-21May43.htm>

February, (1944). *Führerinnendienst des Bundes Deutscher Mädels in der Hitler-Jugend*, Gebiet Mainfranken 39. Disponible en <https://research.calvin.edu/german-propaganda-archive/mainfranken-1944.htm>

Horst-Wessel-Lied. (8 de abril de 2020). En *Wikipedia*. <https://en.wikipedia.org/wiki/Horst-Wessel-Lied>

